



Relatos de Navidad



**Oswaldo Barreara Franco, Ivonne Melgar,
Alejandro Ordorica, Francisco Ortiz Pardo,
Francisco Ortiz Pinchetti,
Leticia Robles de la Rosa y Patricia Vega.**



San José Insurgentes
Instituto de Yoga GFI

55 años nos respaldan

¡Atrévete al cambio!,
practica:
Yoga

Alivio del estrés,
mejor respiración
y circulación,
conciencia y paz interior

¡Regresamos
a clases
presenciales!

www.yogasanjoins.com
sanjoins@hotmail.com



Añoranzas navideñas

Entramos como sin sentirlo en la recta final de un año que tuvo muchas jornadas recordables. Diciembre es mes de celebraciones, en las que se desborda la solidaridad con nuestros amigos y compañeros, el amor con nuestros familiares. Es también un mes de evaluaciones, en las que repasamos irremediamente lo bueno y lo malo del año que se va. Y es, también, el mes de las añoranzas, en el que todos tenemos algo que recordar generalmente con gusto pero también, claro, con nostalgia. A esos recuerdos y sentimientos dedica *Libre en el Sur* esta edición decembrina, en la que varios de nuestros queridos y admirados colaboradores nos cuentan cosas relacionadas con la Navidad. En sus relatos nos comparten vivencias lejanas de su infancia, recuerdos, anécdotas, reflexiones. Con esos textos queremos manifestar a ustedes, queridos lectores, nuestros mejores deseos, nuestro agradecimiento y la renovación de nuestro compromiso de ser, como desde hace 22 años, el medio de su comunidad. ¡Felicidades a todos!

» DIRECTORIO

Libre en el Sur
Doscientos cincuenta y tres
Diciembre de 2024

Director
Francisco Ortiz Pinchetti
Subdirector
Francisco Ortiz Pardo
Coeditor gráfico
Víctor Durán
duran.victor@hotmail.com
Servicios fotográficos
Agencia Cuartoscuro
Asesores de ventas
Elena Pardo S.
Diseño
Kimera

Oficinas
Miguel Laurent 15 bis despacho 404,
colonia Tlacoquemécatl del Valle,
alcaldía Benito Juárez, C.P. 03200,
Ciudad de México. Teléfono: 5539 5212 41.

Correo: libreensur@gmail.com
www.libreenelsur.mx

Libre en el Sur es una publicación mensual digital editada por Grupo Libre Comunicación, S.A. de C.V. Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Nombre (Indautor) número 050714382500-101 Los editores no son responsables del contenido de la publicidad. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores.

NICO LACIONES



Suscríbete por sólo \$350 pesos anuales
ENVÍO GRATIS

Adquiere hasta la puerta de tu casa *Cuartoscuro*, la principal revista de fotografía en México y América Latina.

Desde hace casi 30 años la revista está comprometida con visibilizar la creación fotográfica en nuestro país desde una perspectiva independiente. ¡No te quedes sin tu ejemplar!

corvus
RAFAEL PARDO PRESENTA
Instituto Cultural Helénico

TRADICIONAL
PASTORELA MEXICANA
CON **ÉDGAR VIVAR**

PABLO VALENTÍN
ARMANDO TAPIA

POSADA • PIÑATAS • CENA
REÍR COMO NIÑOS

CLAUSTRO DEL INSTITUTO CULTURAL HELÉNICO
Av. Revolución • 1500, Guadalupe Inn

DEL 19 AL 29 DE DICIEMBRE

Lunes a viernes 7:30 pm
Sábado y domingo 6:00 y 8:00 pm
25 de diciembre 6:00 pm

Informes 55 9297 3303 55 9187 2052

f Tradicional Pastorela Mexicana CDMX @ pastorelamx

Boletos en taquilla y **B** BOLETÓPOLIS.COM

revista@cuartoscuro.com
teléfono 555211 2607, ext. 106

CUARTOSCURO
AGENCIA DE FOTOGRAFÍA Y EDITORA
37 AÑOS DE RETRATAR A MÉXICO

STAFF / LIBRE EN EL SUR

Aunque nacido español, a Luis Buñuel difícilmente se le puede regatear el lugar que tiene como uno de los más grandes directores del cine mexicano de todos los tiempos.

Y así lo consideraba la ya legendaria actriz Silvia Pinal, que murió este jueves 28 de noviembre a los 93 años de edad. Ella misma se sumó con notorio entusiasmo a una propuesta de *Libre en el Sur* para que se le pusiera su nombre a la calle en la que vivió el cineasta hasta su muerte, en la colonia Tlacoquemécatl Del Valle.

En realidad, se trata de una calle que no tiene nombre, la Cerrada de Félix Cuevas, que desemboca justamente al Eje 7 Sur que lleva de apellido el nombre del filántropo. Y aunque en la ciudad no existe ninguna arteria que tenga el nombre de Buñuel, el gobierno de Marcelo Ebrard desdenó la propuesta, a la que le habían convocado diputados locales de todos los partidos políticos.

En una carta dirigida a Francisco Ortiz Pinchetti, director de *Libre en el Sur*, el 28 de marzo de 2007, Silvia Pinal escribió:

“Leí con mucho interés la propuesta que me hizo llegar acerca de solicitar a las autoridades que se imponga el nombre de Luis Buñuel a la actual Cerrada de Félix Cuevas, en la colonia Del Valle. Los argumentos son absolutamente contundentes, pues en efecto se trata de un creador inmenso, uno de los cineastas más importantes en la historia del cine mundial.

“Por ello, respaldo con todo entusiasmo la idea y sumo mi petición para que lo más pronto posible tengamos la calle de Luis Buñuel justamente donde él vivió durante muchos años y hasta su muerte. Creo que es de elemental justicia ese homenaje”.

Tres meses más tarde, el 4 de julio de aquel año, diputados de todos los partidos políticos secundaron un punto de acuerdo propuesto por los panistas Miguel Ángel Erasti y Alfredo Vinalay para exhortar a las autoridades capitalinas para el cambio de nomenclatura.

“Se solicita respetuosamente al secretario de Desarrollo Urbano y Vivienda para que, en su carácter de presidente de la Comisión de Nomenclatura, realice los trámites correspondientes a efecto de que se modifique la denominación Cerrada de Félix Cuevas por la de Cerrada de Luis Buñuel, en honor a este cineasta”, puso el punto de acuerdo.

El diputado del PRD, Salvador Martínez Della Roca, manifestó en tribuna la ironía de que no exista una sola calle que lleve el nombre de Luis Buñuel y en cambio haya 40 con el nombre de Gustavo Díaz Ordaz.

Al presentar la iniciativa, el diputado Errasti destacó la brillante trayectoria del cineasta nacido en España en 1900 y na-

La carta de Silvia que Ebrard desdenó



Silvia Pinal con Luis Buñuel y Francisco Rabal en la filmación de 'Viridiana'.

“Creo que es de elemental justicia ese homenaje”, proclamó la diva en el 2007 al apoyar la propuesta ‘Libre en el Sur’ para nombrar Luis Buñuel una calle de la Colonia del Valle, donde vivió el cineasta. Aunque también se sumaron vecinos, personalidades de la cultura y diputados de todos los partidos políticos, el gobierno ignoró la iniciativa.

cionalizado mexicano en 1949, que realizó en nuestro país 21 de las 37 obras de su creación. Refirió que en las películas “que estuvieron bajo el mando de su ojo, quedó impregnada una crítica muy fina hacia la burguesía y la forma de vida de la sociedad”.

Y enlistó algunos de los premios que Buñuel obtuvo en vida, entre los que destacó el de mejor director en el Festival de Cannes (1950) por *Los olvidados* y primer lugar en el mismo festival por *Viridiana*, la cinta con la que encumbró a Silvia Pinal como su protagonista.

Aunque la actriz no lo escribió en su carta, sí le manifestó a Ortiz Pinchetti en una conversación telefónica que fue Buñuel, precisamente, el que la lanzó a la fama. “A él le debo todo”, soltó.

La iniciativa de *Libre en el Sur* fue apoyada también por cineastas, escritores, actores, pintores, músicos, académicos y periodistas. Pero Marcelo Ebrard hizo caso omiso y ni siquiera ordenó el inicio de la gestión.



En el 2011, el gobierno de España compró y renovó la casa de Buñuel, ubicada en el número 27 de la Cerrada de Félix Cuevas, y en el 2017 la cedió en comodato a México para ser sede de la Federación Iberoamericana de Academias de Cine (Fiacine) y de la Academia Mexicana de Artes y

Ciencias Cinematográficas (AM-ACC), que lastimosamente la usa como oficinas.

En principio el inmueble iba a ser utilizado como centro de enseñanza conjunto del gobierno español, según presumieron sus representantes durante una reinauguración de la casa en diciembre del 2011, en la que se presentó una exposición iconográfica de *Viridiana*, a la que acudió Silvia Pinal al lado del cineasta mexicano Arturo Ripstein.

Aunque la residencia volvió a quedar cerrada, tomó el nombre de Casa-Museo Luis Buñuel, supuestamente porque se convertiría en una extensión del museo del artista en su natal Teruel, España.

La casa vallesina, caracterizada por tener hiedras en la parte interior de su barda, así como un asador en el jardín, fue habitada por Buñuel a partir de 1952 y fue en este lugar donde concibió filmes como *El ángel exterminador*—donde también destaca la actuación de Silvia Pinal— y el lugar donde

solía recibir a personalidades de la época como las actrices como Catherine Deneuve, María Félix y la misma Pinal.

El sitio constituye un importante espacio en el que Buñuel recibió a muchos amigos republicanos y exiliados como él mismo, entre los que se encontraban José Ignacio Mantecón, Eduardo Ugarte, Pepe Moreno Villa, Gustavo Pitaluga o Rafael Sánchez Ventura, pero también fue lugar de encuentro con intelectuales de la talla de Octavio Paz, Carlos Fuentes o Gabriel García Márquez.

Buñuel encargó la edificación de su casa, en la que vivió hasta el final de sus días, al arquitecto español Arturo Sáenz de la Calzada, compañero de la Residencia de Estudiantes. El arquitecto, siguiendo las indicaciones de Buñuel, empleó el ladrillo expuesto en el diseño del edificio, utilizado en México como un elemento nostálgico, que constituye una muestra sumamente representativa de la arquitectura española en el exilio. Años más tarde, Buñuel pidió al mismo arquitecto su colaboración para construir los dos capiteles en los que hace penitencia *Simón del desierto*, la película en la que Silvia Pinal logró la que probablemente sea su actuación más excelsa. ▣

El espionaje médico se utiliza para obtener historiales médicos, información genética y registros de enfermedades, que pueden ser vendidos a compañías farmacéuticas, aseguradoras o empleadores.

POR NADIA MENÉNDEZ DI PARDO

De acuerdo con diferentes fuentes, el *espionaje médico* es definido como la obtención de información y utilización de la misma sin la autorización —ya sea de individuos o principalmente de instituciones— con fines que van más allá de la atención médica, como pueden ser el control político, intereses económicos o de dominación social. Esta práctica puede involucrar la intervención en comunicaciones privadas, el acceso sin consentimiento a registros médicos o a la recopilación de datos de salud.

En México, el tema del espionaje médico no ha sido ampliamente documentado. De acuerdo con Nájera (2020) el acceso no autorizado a bases de datos del sistema de salud mexicano ha sido reportado como un problema creciente. La Ley General de Protección de Datos Personales establece lineamientos sobre el uso ético de dichos datos, incluidos los datos de salud (INAI, 2017). Como lo analiza Martínez (2020), que ha señalado que los datos de salud de pacientes en hospitales públicos son susceptibles a ser compartidos o vendidos, lo que puede beneficiar a terceros sin el conocimiento de los pacientes, o de la propia institución. Estas prácticas pueden ocurrir en hospitales de alta densidad de derechohabientes, como el IMSS o el ISSSTE, donde el control sobre los datos a veces es insuficiente. Durante el periodo conocido como la Guerra Sucia hubo un monitoreo sistemático de la salud de disidentes políticos a través de servicios médicos militares. Este tipo de espionaje se llevó a cabo aprovechando el acceso exclusivo a historiales clínicos en hospitales públicos. (Aguayo, 2010).

En el contexto hospitalario, los principales informantes en casos de espionaje médico suelen ser miembros del personal de salud, como médicos, enfermeras y administrativos, debido a su acceso a información confidencial de los pacientes, o de información del propio hospital. La Declaración de Helsinki y el Código de Núremberg establecen principios fundamentales para la investigación y el tratamiento médico, incluyendo el respeto por la autonomía y la privacidad del paciente (World Medical Association, 2013).

En México, la legislación protege explícitamente el derecho a la privacidad en materia de salud; por ejemplo, en ciertos casos, estudios científicos pueden ser un pretexto para obtener infor-

mación sensible de poblaciones vulnerables (Jones, 1993). En ocasiones, hospitales públicos realizan monitoreos epidemiológicos que recopilan información médica para rastrear brotes de enfermedades, pero sin considerar el consentimiento adecuado de los pacientes.

Esto puede interpretarse como una forma de espionaje médico si los datos se usan para fines no declarados, como la discriminación de grupos vulnerables, algo que se documentó en el manejo de información durante la pandemia de VIH/sida en los años 80 (Bayer, 1989).

A su vez los hospitales públicos a veces colaboran con empresas farmacéuticas para ensayos clínicos, en los cuales se seleccionan pacientes a partir de los registros existentes. Sin embargo, ocurre en ocasiones que estas prácticas no se realizan con transparencia y podrían clasificarse como espionaje médico si los datos son obtenidos o utilizados sin el consentimiento informado (Rothstein, 2015).

El espionaje médico se utiliza para obtener datos delicados, como historiales médicos, información genética y registros de enfermedades, que pueden ser

vendidos a compañías farmacéuticas, aseguradoras o empleadores. Estos datos permiten diseñar productos específicos o ajustar estrategias de mercado sin costos de investigación éticamente realizados (Rothstein, 2015). Algunos datos son utilizados en investigaciones biomédicas sin consentimiento informado, lo que puede derivar en estudios que beneficien a empresas privadas pero violen principios éticos fundamentales (Jones, 1993). El espionaje viola derechos fundamentales al exponer información personal y en algunos casos delicada.

Las aseguradoras o empleadores podrían usar esta información para denegar seguros o empleos basándose en condiciones médicas preexistentes (Cortez, 2016). Las personas con enfermedades crónicas o infecciosas pueden enfrentarse a prejuicios sociales si su condición se hace pública (Bayer, 1989).

La exposición de casos de espionaje médico puede desgastar la confianza en las instituciones de salud. Esta práctica también ocurre en clínicas privadas, las cuales recopilan información biométrica o genética que pueden comercializar con farmacéuticas; a su vez información obtenida de

los pacientes puede ser utilizada para campañas dirigidas, violando principios de confidencialidad (Cortez, 2016). Es importante destacar que también existe el llamado espionaje industrial, que es común en la industria farmacéutica: Desde el robo de secretos comerciales hasta la contratación de espías para infiltrarse en la competencia, el espionaje industrial farmacéutico es una realidad que afecta a todas las empresas del sector. De acuerdo con diferentes fuentes (Mc Coy et al, 2017) el espionaje en la industria farmacéutica es un “problema serio y costoso” que implica la obtención no autorizada de información confidencial, sobre productos farmacéuticos, investigación y desarrollo, estrategias de mercado, y otros aspectos importantes. Entre los laboratorios farmacéuticos se han documentado casos de espionaje industrial, donde empresas buscan obtener información confidencial de sus competidores para obtener ventajas comerciales. Estas prácticas incluyen el robo de secretos comerciales, infiltración de empleados.

La detección de espionaje médico implica la implementación de medidas de seguridad y audi-

toría en los sistemas de información hospitalaria. Esto incluye el monitoreo de accesos a los registros médicos, la identificación de patrones inusuales de consulta de datos y la realización de auditorías periódicas para asegurar que solo el personal autorizado acceda a la información.

En México, el espionaje médico puede ser sancionado bajo diversas figuras legales, el Código Penal Federal establece penas de prisión de cinco a veinte años y multas para quienes revelen información confidencial que perjudique a la nación. La intervención en comunicaciones privadas sin autorización judicial es un delito que se sanciona con hasta doce años de prisión y multas. Los profesionales de la salud que incurran en prácticas indebidas pueden enfrentar sanciones civiles y penales, incluyendo la suspensión o revocación de licencias profesionales.

Es fundamental que las instituciones de salud implementen políticas estrictas de protección de datos y realicen auditorías periódicas para prevenir y detectar posibles casos de espionaje médico, garantizando así la confidencialidad, protección y seguridad de la información de los pacientes. ■



Foto: Meta AI



Destaca el alcalde de Benito Juárez, Luis Mendoza, la necesidad urgente de que sea un compromiso constante y cotidiano donde el respeto por las mujeres sea un principio fundamental.

ir acompañada de programas, pláticas, y talleres para educar tanto a mujeres como a hombres sobre la igualdad de derechos y la importancia del respeto mutuo.

Para el gobierno de Mendoza es crucial que esta lucha no se quede en buenas intenciones, sino que se materialice en acciones concretas. "La creación de un entorno seguro y justo para las mujeres no es un objetivo fácil de alcanzar, pero el compromiso de la administración local debe ser constante", aseguró.

Las palabras del alcalde, al recordar que los hombres también deben asumir su responsabilidad en esta lucha, son una invitación clara a que todos, sin importar su género, seamos parte activa en el cambio cultural necesario para erradicar la violencia de género.

No se puede pasar por alto el mensaje implícito en el reconocimiento de Mendoza a la labor de las mujeres dentro de su propia administración. Destacar que tiene confianza en ellas como funcionarias públicas no solo es un acto de reconocimiento, sino también una invitación a visibilizar el trabajo incansable de las mujeres en diversos espacios de la vida pública.

El gobierno de Benito Juárez tiene, a través de su alcaldía, una oportunidad única para convertirse en un referente en la lucha por la igualdad de género y la erradicación de la violencia. Es cierto que la violencia contra las mujeres no es un problema que se resuelva con palabras, pero las declaraciones de Mendoza reflejan la importancia de mantener el tema en la agenda pública de manera constante, involucrando a todos los sectores sociales.

El reto para esta administración es consolidar las políticas públicas que incluyan la capacitación constante de cuerpos de seguridad, el apoyo psicoemocional para las víctimas, y la implementación de medidas que garanticen que las mujeres puedan caminar por las calles de Benito Juárez sin miedo; para que siga siendo la alcaldía más segura también para las mujeres y las niñas.

Compromiso diario contra violencia de género

Antonio Machuca

El 25 de noviembre es un día de conmemoración mundial en contra de la violencia hacia las mujeres y las niñas. En Benito Juárez, el alcalde Luis Mendoza aprovechó esta fecha para renovar su compromiso en la lucha por la igualdad y la erradicación de la violencia de género.

Sin embargo, lo que realmente resalta en sus palabras no es solo su mensaje de solidaridad, sino la necesidad urgente de que esta lucha no se limite a un solo día, sino que sea un compromiso constante y cotidiano donde el respeto por las mujeres sea un principio fundamental que se respire en cada hogar, en cada escuela, y en cada espacio público.

El alcalde también destacó la importancia de que las mujeres se sientan seguras y apoyadas en la alcaldía Benito Juárez, y enfatizó la necesidad de fortalecer los mecanismos de protección y apoyo a las mujeres. "No basta con un solo día", dijo, refiriéndose al 25 de noviembre, sino que la lucha debe ser permanente, una lucha que debe



SALDOS Y NOVEDADES

Leñero evangelista*

POR GERARDO GALARZA

Vicente Leñero, 46 años, cristiano confeso, mirada brillante y patillas completamente canas, se mesa el pelo con las manos entrelazadas y responde: la escritura de *El Evangelio de Lucas Gavilán* se dio en función de una relectura personal de los Evangelios.

El Evangelio de Lucas Gavilán, la más reciente novela de Leñero, editada por la editorial Seix Barral y puesta a la venta hace casi un mes en México, Barcelona y Caracas simultáneamente, es --según explica en el prólogo el propio autor-- una paráfrasis del Evangelio según San Lucas “buscando, con el máximo rigor, una traducción de cada milagro y de cada pasaje al ambiente contemporáneo del México de hoy desde una óptica racional y con un propósito desmitificador”.

En la entrevista --realizada durante una pausa voluntaria en su trabajo en la revista *Proceso*, en donde es subdirector, en los momentos críticos de cabecear, formar, revisar galeras y otros imperativos del quehacer periodístico y a la voz de “ya vas, a darle”-- el ingeniero de profesión y escritor y periodista por vocación explica, analiza, confiesa algunas de las cosas relativas a su nueva aventura novelística.

Señala que en un principio le repugnaba la idea de intentar otra versión de la vida de Jesús por el excesivo tratamiento del tema en la literatura, el teatro y el cine que han hecho de Cristo una figura muy gastada. Sin embargo, indica, que así como el movimiento de la Teología de la Liberación hizo teología por primera vez en América Latina, entonces “yo me dije: bueno, por primera vez se puede hacer también un intento de novelar o releer los Evangelios a la luz de nuestra realidad social, con todo lo difícil que eso resultara y con todo lo inverosímil que pudiera ser”.

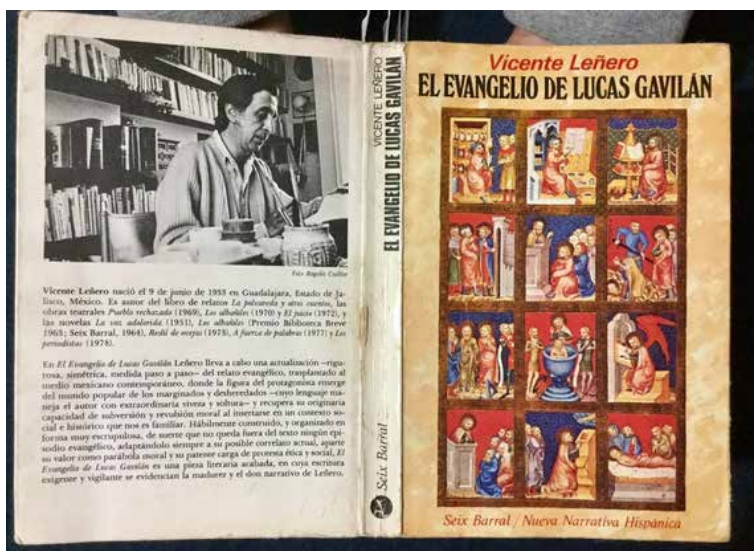
Además, la reescritura del Evangelio representaba dos retos para Leñero: el ver qué tan posible era trasladar el original de San Lucas y encontrar una traslación verosímil de los milagros. El primero porque “cuando yo entro a escribir un libro no sé lo que va a pasar” y el segundo porque “yo soy una persona que no cree en los milagros y esto ha sido para mí una preocupación de todas las lecturas de los Evangelios. Entonces, a mi me preocupaba porque siento que los milagros, tal como están escritos en el original de San Lucas, están escritos como ejemplificando acciones que Jesús hacía. Creo que



Vicente Leñero, escritor, guionista, periodista.

Foto: Pedro Valtierra / Cuartoscuro

Esta entrevista data de hace casi 45 años. Es uno de mis textos profesionales y prácticamente desconocido, que es el destino de la mayoría de los escritos periodísticos para una agencia de noticias. Este 3 de diciembre se cumplen 10 años de la muerte de Vicente Leñero. La efeméride y el tema de la entrevista en estos días navideños le dan actualidad.



El libro.

Foto: Especial

el lenguaje de San Lucas es un lenguaje metafórico y que, independientemente de que hiciera cosas grandiosas, lo verdaderamente significativo, y lo que yo quería rescatar, es que (Jesucristo) se ocupaba de los problemas de la gente, pero personalmente entendidos”.

En su novela-evangelio, Leñero presenta la enfermedad, la ceguera, la parálisis, la lepra como

problemas sociales y los milagros como la solución a esos males. Acepta que esa es la intención de la metáfora o parábola (si se quiere hablar en términos evangélicos). “Sí, eso es como clave para mí. Pienso que los Evangelios se pueden leer entendiéndolos como una gran parábola”. Los milagros --añade-- “finalmente son acciones que ayudan a los marginados, a las gentes que

tienen problemas. Es decir, al hombre que está fregado, que de alguna forma --entre comillas-- está enfermo, ciego, parálítico, marginado de su comunidad, de su grupo social y entonces lo que Cristo hace es reincorporarlo, darle nueva vida, resolverle sus problemas”.

--¿Resucitarlo?

--Resucitarlo finalmente. Sí. Era una intención desmitificadora. Era bien importante para mí--. Confiesa que para escribir esta su séptima novela releyó entre otros libros *La vida de Jesús* de Ernest Renán, escrita en el siglo pasado, --y que “en mi tiempo era un libro prohibido”-- y en ella el autor “no sabe qué hacer con los milagros, a pesar de su afán desmitificador, no llega a resolver el problema: los acepta como tales” y entonces eso me llevó a pensar que “lo importante no es el hecho extraordinario (el milagro), sino el significado de ese hecho”.

De entrada explica el por qué escogió el Evangelio de San Lucas para elaborar su paráfrasis: el de San Juan fue eliminado por tratarse de un libro con más pretensiones teológicas y escrito en un lenguaje mucho más simbóli-

co que los tres sinópticos. “Estos son más realistas --precisa. Para mí, estrictamente, el mejor de ellos sería el de San Marcos. Es el más escueto, incluso el más violento, el primero de todos. Los demás provienen de alguna forma de éste y de una fuente oculta que nunca ha sido localizada”.

Pero, agrega, el de San Marcos tenía una desventaja: no toma en cuenta la infancia de Jesús, por lo que sólo quedaban el de San Juan y el de San Lucas y “aparte de que personalmente siempre me ha interesado mucho más el de San Lucas, éste es el mejor escrito, tiene un estilo literario muy refinado, es un libro muy bien armado, lógico en todos sus capítulos y hay un suspenso que va creciendo. Todo esto me servía mucho novelísticamente”. Además, es supuestamente el Evangelio de San Pablo. Lucas era su discípulo y si lo de la infancia era muy importante, también “toma lo social con mucho mayor énfasis”.

En el prólogo del libro --la trasposición de la carta a Teófilo en la que San Lucas le dedica su Evangelio-- Vicente Leñero-Lucas Gavilán dice que sólo “con un alarde de cinismo literario” se puede



Vicente Leñero en sus inicios como escritor.

llevar la paráfrasis a los extremos que la lleva. Ahora amplía su explicación:

“Yo me daba cuenta que una figura, un líder individual (Jesucristo Gómez) --como me decía Heberto Castillo-- en esta época se perdería en la complejidad y territorio de un país como México. Resulta bastante inverosímil que el tipo pueda andar prendiendo mechas en tantas partes en tan poco tiempo. Fue una extrapolación demasiado violenta para mí. Forzaba las situaciones y sólo con un cinismo literario a tal grado uno se puede decir; ni modo... ni modo pues..., ni modo. Si se cree o no se cree en el personaje, si resulta novelístico, pues ya será otro problema”.

También en el prólogo, el evangelista mexicano muestra otra preocupación: “mi libro no pretende en modo alguno herir la sensibilidad de los cristianos, a quienes va dirigido muy espe-

cialmente con el ánimo de acrecentar las enseñanzas que hemos recibido y fortalecer y depurar nuestra fe”.

Leñero, acompañado de su inseparable cigarrillo cuya cajetilla trajo de su escritorio cuando la entrevista estaba por iniciarse, confiesa que por primera vez se planteó el problema de los destinatarios del libro. “Normalmente, cuando uno escribe, por lo menos yo, nunca se piensa en el público que lo va a leer. En el periodismo es más natural preguntarse para qué público estoy escribiendo; en la literatura nunca me planteo esa cuestión. Sé que estoy escribiendo a un público que pueda encontrar alguna identificación conmigo. Me olvido del lector. Soy, en alguna forma, producto de mi sociedad y estoy devolviendo a esa sociedad parte de lo que me ha alimentado. Pero esta vez, para mí era muy interesante saber que tengo un lector al

que va dirigido el libro; los cristianos convencionales, los cristianos tradicionales, porque pienso que su lectura de los Evangelios es muy mágica.

“Entonces, me pareció urgente advertir que la novela no era para fregar, que no se trata de una novela, entre comillas, herética, sino profundamente religiosa (si así se puede decir). No está escrita con ánimo de burla, sino con todo el respeto con el que ellos leen tradicionalmente los Evangelios. Y me dije: yo los voy a leer con la misma actitud, al final diría con el mismo tipo de fe, aunque ellos la entiendan o la vivan o la crean en otra forma”.

Enseguida afirma que el espíritu del libro está derivado del movimiento de la Teología de la Liberación. Analiza y asegura que en América Latina “también vivimos una colonización en lo religioso, porque, de pronto, en Europa están preocupados por la



Foto: Pedro Valtierra / Cuartoscuro

infabilidad del Papa o por la divinidad de de Cristo y esos problemas teológicos nos los exportan y nosotros los recibimos como un producto de importación. Pero a los teólogos de la Liberación eso les vale sombrilla. Lo importante para ellos es la nueva lectura de los Evangelios y una lectura, a mi modo de ver, alucinante” y así por primera vez se leen desde un punto de vista totalmente diferente.

--¿Social?

--Social por primera vez. Yo creo que es lo que no han hecho en Europa, no se han preocupado por releer los Evangelios --pese a todo lo que dijo Juan Pablo II de esas relecturas tan audaces--, desde la marginación, desde países colonizados, subdesarrollados, jodidos.

--¿Países donde importa más la realización del Evangelio que discutir la divinidad de Cristo?

--Exacto.

Por lo anterior, Leñero considera que, a pesar de todo, teológicamente “nos llevamos de calle a toda Europa”.

--¿Cuál es el compromiso del escritor cristiano en México, en América Latina?

--A mí me molesta mucho que el escritor se incorpore un apelativo como etiqueta, es decir, el escritor budista o el escritor cristiano o el escritor marxista.

“Pienso que el verdadero compromiso de un escritor es expresar lo que él es o lo que él siente.

Involucrar su sociedad. Creo que un hombre es más humano en la medida en que está involucrado no sólo en sus problemas personales, sino en los problemas de su comunidad, de su sociedad, de su país, de su tiempo, de su época; eso lo hace más humano, más completo. Un escritor realmente preocupado por sus problemas no los tiene que inventar. No que hay un compromiso sobre eso mismo, al tomar conciencia de esos problemas los expresa naturalmente. Muchas veces la literatura, la que le llaman comprometida, resulta postiza o a veces muy demagógica, justamente porque el escritor no está sintiendo esos problemas como propios”.

--¿No los vive...?

--Los vive intelectualmente, quizás, pero no en carne propia, emocionalmente, vitalmente. Entonces, cuando esos problemas se viven emocionalmente, vitalmente, pues se expresan naturalmente.

--¿La literatura auténtica...?

--Sí, Esa es la genuina. Yo no le puedo pedir a un escritor que no siente, que no vive sus problemas, que escriba sobre ellos. Lo que le puedo pedir es que se comprometa más como ser humano y su literatura, por añadidura, expresará esos conflictos. No sé si me explico... ☐



Leñero conversa con José Agustín.

(*) Suplemento Cultural de la agencia CISA; 15 de enero de 1980.

El inicio de ciclo cada 1 de enero responde más a los valores culturales de los pueblos que a una fecha natural.

POR ESTEBAN ORTIZ CASTAÑARES

“En el próximo año sí voy a bajar esos kilitos extra que tengo”, “seguro termino la tesis y me titulo”, “voy a dedicarme a lo que quiero...” En esos propósitos de año nuevo, con todo y sus emociones y bullicios, queda en el aire una pregunta: ¿Por qué festejamos el fin de ciclo el primero de enero?

En particular, después de ese día no hay ningún cambio especial ni en la naturaleza ni en los astros que nos dieran una clara huella del motivo del festejo.

Y en efecto todo es arbitrario, resultado de ajustes históricos.

El desarrollo de la humanidad siempre necesitó de la identificación de los ciclos de la naturaleza. Desde el principio, en la época de los recolectores y cazadores, se necesitaba saber los periodos de migración y los ciclos de la vida de la vegetación y la producción de frutos.

Con la domesticación de las plantas y animales y la aparición de las sociedades sedentarias, la necesidad de poder identificar ciclos guía se volvió esencial para la siembra y la cosecha y el ser humano empezó a buscar referencias. La luna fue la gran seductora, sus ciclos eran claros y las culturas primogénitas la empezaron a utilizar como referencia. El ciclo lunar es de 29,5 días.

Los babilonios y sumerios descubrieron que las estrellas regresaban a su punto inicial aproximadamente cada 12 periodos lunares, calculando así que un año tenía una duración de 354 días ($12 \times 29,5 = 354$). Pero cada ciclo lunar era de 29 días seguido de otros de 30. Y ese es el origen de los 12 meses que actualmente tenemos.

El valor simbólico de la luna es tan fuerte que en la actualidad seguimos viendo festejos y ritos religiosos relacionados al ciclo de este astro. La religión musulmana, por ejemplo, utiliza la luna creciente como símbolo de su identificación cultural y por supuesto su calendario se basa



¿Cuál es el verdadero año nuevo?

en sus ciclos, haciendo que las fechas de sus festejos cambien cada año. Es probable que, por provenir del desierto, no era imperante mantener un calendario exacto que ayudara a programar los periodos de siembra y cosecha a largo plazo, lo que hizo

que esta referencia se mantuviera hasta nuestra época.

Las distintas culturas antiguas, al descubrir que el uso de esta referencia creaba un desfase (11 días por año), trataron de desarrollar soluciones pragmáticas. La mayoría generaron un siste-

ma para compensar las diferencias y solo muy pocas culturas abandonaron la seductividad de la luna para crear un sistema solar total.

Los babilonios fueron los primeros en crear un sistema de ajustes conocidos como calendarios

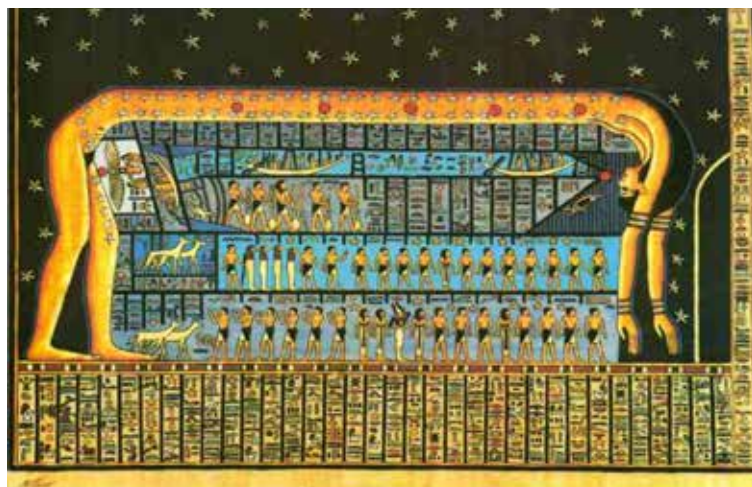
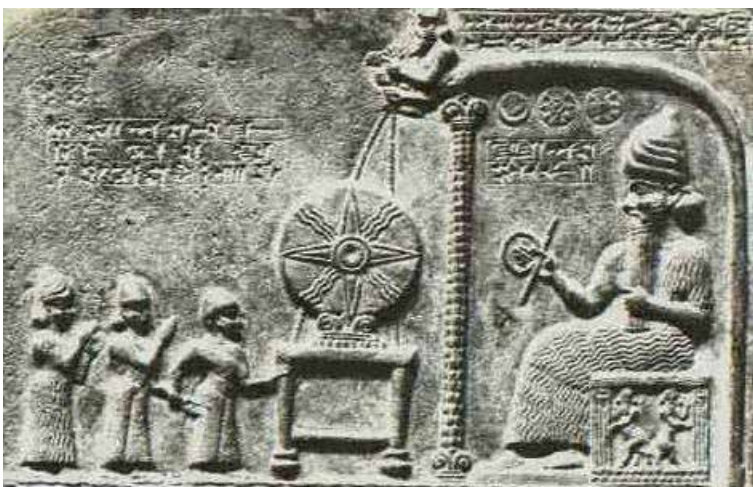
lunisolares agregando cada 3 años un año de 13 meses. La antigua Grecia copió este ajuste y en 432 a.C. creó el ciclo metónico (Metón de Atenas), de 19 años, con 13 años de 12 meses lunares y 7 con un mes adicional (13). Con algunos ajustes adicionales llegó a tener solamente 1,2 horas de diferencia al ciclo solar real.

Este calendario sigue en uso para la religión judía (manteniendo el mes intercalado fijo, se llama “Adar II”). Métodos muy parecidos de ajuste, se desarrollaron en la India y se mantienen en los festejos religiosos hinduistas. También China desarrolló algo similar que se mantiene vigente en el budismo, en las festividades japonesas y coreanas y por supuesto en el calendario civil chino. La gran desventaja de estas soluciones es que, aunque compensan las diferencias al final de los ciclos, las fechas cambian año con año.

La iglesia católica también se rige por un sistema lunisolar, lo que obliga a consultar el calendario litúrgico para saber cuándo programar las vacaciones de Semana Santa.

Egipto, donde su producción agrícola dependía totalmente de los periodos estacionales (crecida del Nilo), fue la primera cultura que desarrolló un calendario solar real de 12 meses, cada uno con 30 días (esta duración puede ser vestigio de un calendario lunar anterior). Al final del año se agregaban cinco días, para llegar a 365.

Mesoamérica también creó un calendario solar puro, totalmente independiente a los ciclos lunares y ajustado de una manera mucho más pragmática y lógica.



Con 18 meses, todos de 20 días, y cinco o seis días al final del año, que se consideraban de transición: nefastos, de mala suerte. Se creía que en estos días los mundos de los vivos y los muertos se unían, permitiendo a los muertos visitar a los vivos, lo que actualmente ha llegado a nuestra cultura como el Día de Muertos.


El calendario romano, creado por su primer rey Rómulo (738 a.C.), inicialmente no se alejó de la referencia lunar. Estableció 10 meses (de 30 o 31 días) con un total anual de 304 días. Estaba ajustado al trabajo agrícola, por lo que los días restantes eran de descanso y no se consideraban. Iniciaba en marzo y terminaba en diciembre. El nombre de los cuatro primeros meses se refería a deidades y el resto (seis) simplemente eran el número correspondiente al mes. Los últimos cuatro siguen manteniendo esta referencia: septiembre por el número siete; octubre, por el ocho, noviembre, por el nueve y diciembre por el diez. El sucesor de Rómulo, Numa Pompilio, ajustó el calendario integrando dos meses más al final (*Ianuarius*, en honor al dios Jano, que abre y cierra las puertas, es decir los ciclos, y *Februarius*, mes de la purificación). Pero siguiendo la referencia lunar agregó solamente 51 días, es decir estableció el año en 355 días, por lo que los gobernantes hacían ajustes a su conveniencia para hacer coincidir el año más o menos con el solar, transformando la medición en imprecisa y caótica.

Julio César, por necesidad de planear adecuadamente las campañas militares y el aprovisionamiento de alimento, creó un plan para reestructurar el calendario. Su astrónomo Sosígenes de Alejandría tomó como referencia el calendario de Egipto, de donde él provenía, para crear uno totalmente ajustado al ciclo solar. Recorrió el año a enero e incluyó el concepto de año bisiesto (inicialmente de cada cuatro años, pero luego fue ajustado por el emperador Octavio a cuatro, al identificar que se generaba un desfase). En 46 a.C., dos años después del asesinato del monarca, se hizo un primer ajuste que incluyeron tres meses más en el calendario; la adición hizo que el año fuera el más largo de la historia de la humanidad, con 445 días.

Este calendario "Juliano", fue la guía de la vida en occidente

hasta el siglo XVI. A pesar de haber sido muy exacto, presentaba una diferencia de 11.23 minutos del ciclo real solar, que con los siglos se hizo notoria. En 1582, el papa Gregorio XIII encargó al jesuita alemán Cristóbal Clavius que ajustara el calendario, y así surgió el "Gregoriano", que se usa actualmente. A pesar de que demostró ser más preciso, tuvieron que pasar hasta 350 años para que países no católicos lo aceptaran por considerarlo hereje, con consecuencias absurdas. Por ejemplo, el líder de la independencia en Estados Unidos, George Washington, tiene en la América protestante dos días diferentes de nacimiento, el re-




"En 1582, el papa Gregorio XIII encargó al jesuita alemán Cristóbal Clavius que ajustara el calendario, y así surgió el 'Gregoriano', que se usa actualmente".



gistrado (Juliano) y el real (Gregoriano). Y en 1908 Rusia llegó una semana y media tarde a los juegos olímpicos de Londres, por la inexactitud de su calendario.

Otro calendario interesante es el creado por el matemático Laplace, que pretendía poner el racionalismo por encima de cualquier valor histórico. Fue hecho por encargo del comité de la Revolución Francesa. Debía ser totalmente lógico, por lo que la cuenta corta estaba hecha en base 10:100 segundos, para un minuto; 100 minutos, una hora; y 10

horas, un día. Es interesante ver que no pudo librarse totalmente de la seducción lunar y estableció la duración de todos los meses en 30 días y los 12 meses con cinco días adicionales de descanso (o seis en años bisiestos). Y por supuesto el nombre de los meses cambió para representar los cambios de la naturaleza. Pero el sistema solo existió en Francia durante 15 años (1792-1806), pues fue abolido por Napoleón.

Ahora pues, regresando al tema inicial, podemos clasificar los festejos de año nuevo en cuatro fechas o periodos principales:

Equinoccio de Primavera (día y noche de igual duración): El más usado, donde con el renacer de la naturaleza inicia el ciclo de la vida. Fue usado por Persia (la fiesta de Nowruz), Mesoamérica (Mayas, Mexicas y conexas), Songkran (Tailandia) y China (festival de la primavera, que ya se ha dicho que no es muy exacto) y por supuesto el festejo de la Roma primigenia.

Solsticio de Verano (el día más largo del año): La celebración de la abundancia y de la vida. Por ejemplo, la antigua Grecia (Hekatombaion, festejando la abundancia), Egipto (con el crecimiento del río Nilo)

Equinoccio de Otoño (día y noche de igual duración): El fin productivo del año, un periodo de recogimiento y de agradecimiento por los bienes recogidos en el año. Es festejado en el Hinduismo (Diwali, la fiesta de las luces), Yon Kipur (ayuno y ceremonias religiosas para agradecer a Dios lo recibido en el año) y el calendario de la Revolución Francesa, más relacionado con la victoria de la república (22 septiembre), aunque es un festejo de agradecimiento.

Solsticio de Invierno (el día más corto del año): Se concentra más en el regreso de la luz que de la vida, relacionado con un periodo de reflexión con cuatro meses más de escases (el invierno). Celebrado como: Yule (escandinavo precristiano, el regreso de la luz), Cápac Raymi (Inca, que por estar en el cono sur, se festeja en junio o julio) y el año nuevo occidental-cristiano, el único vigente de este grupo.

A pesar de que los ciclos del año deberían estar más vinculados con la naturaleza y que yo preferiría festejar el año nuevo en marzo, reconozco que el concepto del regreso de la luz es seductor. Pero independientemente de cualquier cosa, la historia nos pone en claro que los inicios de ciclo responden más a los valores culturales de un pueblo que a una fecha natural.

Como sea, si queremos hacer una promesa de buenos propósitos la debemos hacer con la validez del ahora. Cada instante es un buen momento para tratar de ser mejores. ¡Felices fiestas decembrinas! ▣

Libre en el Sur te
lleva por tres caminos
a la reactivación
de tu negocio:



Elige uno...
¡O los tres!

Si tu negocio está en BJ, pregunta
por los descuentos especiales que
tenemos para ti.

libre El medio de tu comunidad
EN EL
SUR

El medio de tu comunidad.

Teléfono: 55-3952-1241

Correo electrónico:

libreenelsur@gmail.com

Twitter: @Libreenelsur

In·situ
Diseño y ciencia

Servicios especializados
Diseño Gráfico
para ciencia y tecnología

Con más de 20 años en la industria editorial
y trabajando para instituciones públicas y
privadas relacionadas con la ciencia y la
tecnología, ponemos a su disposición un
equipo de diseñadores multimedia, así como
redactores especializados en esta área.

- Revista Científica
- Infografías
- Multimedia para redes sociales
- Diseño de gacetas
- Banners y flyers

www.insitugraphics.com

553435-2193

CV
Centro Quiropráctico
de la Columna Vertebral

**Liberate del
Dolor**

**¡Recupera Tu
Bienestar!**

CONSULTA QUIROPRÁCTICA
ESPECIALIZADA

BENEFICIOS QUE OFRECEMOS

- ✓ Tratamiento brindado por quiroprácticos certificados para el dolor de espalda, rodilla, cuello, articulaciones y ciática
- ✓ Mejora en tu postura y bienestar general
- ✓ Terapias no invasivas y sin medicamentos
- ✓ Atención a deportistas, embarazadas, adultos y niños.

¡No dejes que el dolor controle tu vida! Ven a visitarnos y siente la diferencia en cada ajuste.

visítanos en: Oriente 233 #14 Colonia Agrícola Oriental

Para mayor información comunícate al teléfono
(55) 55580389 o escanea el QR



**OFERTA \$150
POR DIAGNÓSTICO**

¿Sabías que? puedes conocer:

**IDENTIDAD • CARÁCTER
• TEMPERAMENTO
MODO DE SER DE UNA PERSONA
POR MEDIO DE SU FIRMA Y ESCRITURA**

¡DESCÚBRELO!



**Alberto Benítez Castelán,
perito en Grafología**

5536 46 56 56



Foto: Edgar Negrete Lira / Cuartoscuro

Por Francisco Ortiz Pardo

EN AMORES CON LA MORENA

La Navidad perdida

Hubo un tiempo en que los vecinos de “la cuadra” se repartían la organización de las Posadas, esos festejos que recuerda el peregrinar de José y María en busca de un sitio cálido donde naciera su hijo, Jesús, y que en México tienen una expresión ajustada a nuestras costumbres. Así se reunía la comunidad durante nueve días, desde el 16 de diciembre hasta el 24, unas horas antes de la Nochebuena, para participar tanto del ritual religioso como del gozo fiestero, entre letanías, piñatas, frutas, ponche y colaciones.

Hasta que llegó ese día en que, cuando le preguntaron a alguno de esos vecinos qué fecha elegía para su Posada, dijo que no más, que ya no le alcanzaba el dinero. Además, de a poco no imperaba el mismo entusiasmo entre los asistentes, que año con año eran menos, pues los hijos quedaban a merced de actividades diferentes, cada vez más alejados de las costumbres religiosas.

Lo dice entristecida Angélica Galicia Gordillo, doctora en antropología e historia. “Fuimos la generación sándwich (aquella de los hijos de los protagonistas del movimiento estudiantil de 1968, que hoy tienen entre 50 y 60 años), nosotros no le dimos continuidad”, arguye con la autocrítica. “Antes nos reconocíamos en la cuadra, un espacio de alta reunión barrial; luego tuvimos que incorporarnos al mercado laboral, hombres y mujeres, en tanto nuestros hijos comenzaron a tener otra forma de entender la vida, con los artefactos electrónicos. Se dio un proceso de desintegración familiar”.

Las consecuencias de ello no fueron solo la pérdida de esa y otras costumbres navideñas hermosas, como los Belenes o Nacimientos, sino también una sociedad más individualista. “Cuando se pierde un elemento cultural, se adquiere otro o desaparece”, explica la especialista del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM. “Y de repente –dice– comenzaron a decir que las piñatas de barro eran peligrosas; yo nunca supe de un accidente por ello. Ahora las piñatas se usan en toda clase de festejos, en los cumpleaños”.

Tiene razón Angélica Galicia. Ahora no conocemos ni a nuestros vecinos. “Más aún: el otro es nuestro enemigo”, añade. “Ya no hay barriadas, ahora en Navidad todo es el arbolito y los regalos”. Con ello, en suma, se ha perdido “la idea de la unidad familiar y regional”.

El cambio ha sido notorio en unas cuantas décadas, cuando se trataba de costumbres ancestrales. Yo todavía viví el encanto de construir mi propio Nacimiento, con las figuras de barro de la colección de mis papás y que me empeñé que no dejaran de tener vida en cada diciembre, desplegadas

en montañas formadas con cajas de cartón recubiertas por musgo y heno: pastorcitos y campesinos, muy mexicanos; animalitos, la señora de los panecitos, el labrador, además de los obligados personajes bíblicos. En las romerías de los mercados hoy es prácticamente imposible conseguir esculturitas de barro. “Las figuritas del Nacimiento representaban además nuestras actividades sociales”, algo que también daba sentido de pertenencia, expresa la antropóloga, integrante del Sistema Nacional de Investigadores. Comenta que cada vez que encuentra una figurilla de barro la adquiere, como en una nostalgia.

Y aunque dice que en algunas zonas rurales o semi urbanas del país, como el Valle del Mezquital, donde ella realiza investigaciones, se mantienen algunas tradiciones como la Posadas con piñatas, también son el reflejo de una sociedad mercantilista que deriva en malas prácticas de consumo. “Cuando hacíamos nuestras Posadas, los aguinaldos eran caramelos confitados y las piñatas estaban llenas de frutas. Ahora los chicos reciben puros dulces chatarra, con harinas y químicos”, lamenta. “Hoy se da una comercialización de la

vida. Predomina la ambición, la competencia con el otro. Estas costumbres han sido apropiadas por la industria”.

Yo me quedo pensando que lo peor del consumismo es que lo normalizamos y que cada vez somos personas más raras, como *grinch*, los que lo decimos o no embonamos en esas prácticas. Los gobiernos abonan además a la gastadera, supuestamente para impulsar el desarrollo económico, como el fomento de El Buen Fin, y adelantan el aguinaldo de los burócratas en vez de fomentar el ahorro. Si nos atenemos a la esencia de la Navidad, que surge del amor y la esperanza que simboliza el nacimiento de Jesús, lo que menos tenemos es una fraternidad ni una sencillez, el encuentro entre los seres humanos.

“Si nos atenemos a la esencia de la Navidad, que surge del amor y la esperanza que simboliza el nacimiento de Jesús, lo que menos tenemos es una fraternidad ni una sencillez, el encuentro entre los seres humanos”.

Salirse de ello tampoco es fácil. En diciembre del año pasado entrevisté a especialistas en psicología para entender por qué en la época navideña ocurren tristezas sin cuento, depresiones, enojos, irritabilidades, rupturas, soledades... y hasta suicidios. “En la vorágine navideña nos obligan a favorecer prototipos sociales, lo que es muy confrontativo y la gente termina por ponerse a la defensiva”, me dijo Gerardo Mora, psicólogo clínico especialista en intervención de grupos por la UNAM. Para él no hay “grinch” *per se*, sino que es resultado de una sociedad de consumo inmisericorde y también del repaso por la historia de la vida propia.

Cuando era niño me fasciné con el Nacimiento del poeta Carlos Pellicer, que se iluminaba bajo una bóveda de una casa de las Lomas de Chapultepec. Desaparecido aquel, hicimos en *Libre en el Sur* las crónicas de Belenes increíbles próximos a Mixcoac, por donde se dice que los franciscanos los introdujeron a la Nueva España. Uno de ellos, en un garaje de la colonia Actipan, representaba la Biblia completa, que en cada función iba encendiendo uno por uno los diferentes pasajes de sendos testamentos, en algunos casos con figuras en movimiento. Hasta que también desapareció.

De lo que habría que hacer conciencia es que con la Navidad perdida se fue una parte de nosotros mismos.



Navidades a la vista

saberes teológicos de que los ángeles carecen de sexo.

El caso es que su caída, que muchos quisieron interpretar como un despenadero Luciferino, graficó dramáticamente aquel terremoto que sacudió a la ciudad de México. Y justo, en diciembre de ese año, celebrábamos la Cena de Navidad en casa, como cada año, inmersos en la tradición de una convivencia replegada en la intimidad familiar, con su debida dosis de calidez, fraternidad y no exenta de una especie de mística libertaria, pues en tanto mis padres asumían válidamente su condición agnóstica, evitaron influir en nosotros sus hijos, muy probablemente para que ampliáramos nuestro horizonte de creencias, o tal vez bajo la estrategia de que no fuéramos disfuncionales en un entorno de catolicismo generalizado. Incluso, nos inscribieron a mi hermana mayor y a mí, en sendos colegios confesionales. A ella con las monjas, mientras yo fui a

parar al Cristóbal Colón de los Lallistas, que venturosamente complementaron mis principios humanistas del hogar, con el agregado esencial de los valores cristianos, que hasta la fecha rigen mi vida, más allá de cualquiera de mis imperfecciones. Mi otra hermana y el hermano menor, todavía ni a párvulos llegaban.

Encuentros familiares que estaban aderezados por las sabrosuras de la gastronomía navideña, a cargo de mi madre, la gran chef del clan.

Tras una exquisita cena y sobremesa, llena de buenos deseos y bienaventuranzas —donde nunca faltaban los comentarios de los adultos en torno a las noticias y sucesos relevantes del año, especialmente por parte de mi padre y sus afanes periodísticos que no dejaba afuera de la puerta de la casa, o bien sobre libros que introducía mi madre con estudios en el campo de las letras, y el infaltable tema político protagonizado por su hermano, uno de los líderes de la CROM y en ese momento obligadamente diputado priísta— se presentaba la madrugada, la hora de dormir y despedirnos ya tanto en la parentela paterna como la materna, mientras nosotros nos dirigíamos a las recámaras con la inquietud y expectativa de despertar tempranísimo a constatar los regalos que ese enigmático, anónimo y volátil personaje barbado llamado Santoclós, nos depositaría bajo el enorme árbol que acostubrábamos montar en la más amplia esquina de la sala, confiados en que de faltar algún regalo de nuestra excedida lista de peticiones, podría ser solventada en parte con la aparición de Los Santos Reyes.

Mi hermana tenía en ese entonces 12 años y yo un año menos, tiempo en que todavía pasaba, exactamente frente al edificio donde vivíamos en la colonia Santa María la Ribera, el tranvía “La Rosa Zócalo”, estremeciendo la edificación desde los cimientos cada vez que por ahí transitaba.

Por Alejandro Ordorica

Enlaza mi memoria al instante dos navidades: Una, perteneciente al pasado, otra mirando hacia el futuro. Una que se fue, otra por venir. Chusca en buena medida la primera, predominantemente sombría la segunda.

Empiezo por la de 1957, cuando en los días de diciembre aún persistía el recuerdo del aterrador sismo

registrado cuatro meses antes, que se atrevió a detener el vuelo de nuestro venerado Ángel de la Independencia, —en realidad una angela, inspirada en Niké, la diosa de la victoria, en que Rilke vio poéticamente “una imperecedera recreación del viento griego...”— que suponíamos eterno y nos desencantara cuando amaneció pies arriba, descabezado, quizá anticipando reclamos feministas, en rebelión manifiesta contra el machismo o de plano desacreditando los

Mi padre se asomó lleno de nerviosismo y suma cautela para averiguar lo que había ocurrido.



La caída del Ángel de la Independencia.



Foto: Álbum familiar

Estther Saavedra Albitar, madre de Alejandro.

Ya en nuestras habitaciones, el sueño se imponía como si fuera un somnífero natural, aliado al silencio y la oscuridad, adentrándonos en infinitos placenteros, salvo que no se abrieran paso a codazos las nefastas pesadillas.

Calculo que como a las cinco de la mañana, nos despertó un estruendo espantoso, apenas localizado entre sueños en la mera entrada de nuestro departamento, provocando que despertáramos sobresaltados y enredándose nuestras exclamaciones de un lado al otro del pasillo, donde confluían las habitaciones:

- ¡Está temblando otra vez!
- ¡Se metió un ladrón a la casa!
- ¡Explotó la estufa...!

Mi padre se asomó lleno de nerviosismo y suma cautela para averiguar lo que había ocurrido. Y atrás de él, venciendo nuestros miedos, nos arriesgamos a respaldarlo mi madre, mis hermanas, y replegado en su cuna, el menor de apenas tres años de edad.

Al notar lo ocurrido, sobrevino primero el estupor de todos, y una vez repuestos de la sorpresa, respiramos

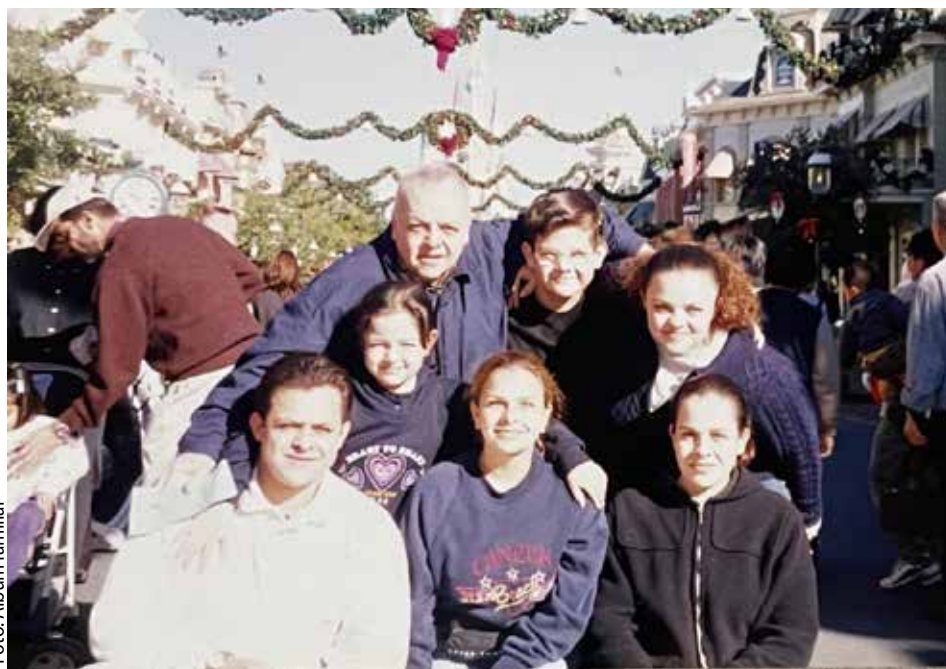


Foto: Álbum familiar

Alejandro con sus hijos.

por fin con soltura: El gigantesco árbol de Navidad se había derrumbado, aparecía recostado casi a lo largo de la sala, las esferas esparcidos en pedazos y de paso destruidos los adornos de cerámica y cristal que adornaban la mesa de centro, además del nacimiento semejando el saldo patético de una cruenta batalla campal entre hebreos y filisteos.

Tranquilizados, no quedó más que carcajearnos, expulsar en definitiva las tensiones, proceder al rescate de

nuestros regalos y resignarnos a la entrega anticipada en un claro del comedor.

De esas memorias, pasé a imaginar la otra Navidad, la del 2024, y lo que nos depararía, tan diferente de aquel episodio anecdótico envuelto entre los ingredientes infaltables de la ingenuidad y el pensamiento mágico de la niñez. Y concluir que, sin privarnos del ánimo amoroso que sobrevive, no deja de sitiarnos el actual contexto social,

que en verdad duele e indigna. Y que combatiremos siempre frente a esa cruda realidad que hiere nuestro tiempo: Un México violento, empobrecido, desigual... y peor todavía, con un gobierno desastroso que ha concluido, y otro que inicia siguiendo su huella destructiva, más allá de cuando nos alistarnos algunos en el movimiento que les precedió, al cierre del siglo pasado, creyendo que sería para bien de la Nación, y luego decepcionarnos y hasta oponernos. Gobiernos bajo el sello de un autoritarismo atroz, corruptelas, ineptitudes, opacidad y abusos multiplicados, a la vez que un sistema de salud quebrantado, educación ideologizada, economía de nivel mediocre, democracia traicionada y una diplomacia fallida, englobado todo en la demolición de los valores republicanos y las instituciones, como son los organismos autónomos o los de derechos humanos, entre muchos otros que por décadas erigió ameritadamente la heroicidad ciudadana...

De esas memorias, pasé a imaginar la otra Navidad, la del 2024, y lo que nos depararía, tan diferente de aquel episodio anecdótico envuelto entre los ingredientes infaltables de la ingenuidad y el pensamiento mágico de la niñez

La Navidad entrante, será entonces, más agria que dulce, aunque inmune al derrotismo, y si acaso incorporara algo de música para atemperar el ánimo, como es usual en esta temporada, ojalá sea tan profética en lo concerniente a las elecciones más próximas, o al menos consonante con aquella popular canción alusiva al fin de año que empieza por parafrasear: "Diciembre, me gustó pa' que te vayas", junto al deseo ferviente e irreductible de que participemos más, mejor, sin olvidar a la hora del voto "El desastre mexicano de nuestros días".

Aun así, deseo de corazón que la Navidad les infunda la máxima dosis de felicidad posible.

El olor de mis Navidades

Por Leticia Robles de la Rosa

Las mamás y las tías comenzaban a organizar a los niños. Formarlos a todos detrás de Los Peregrinos y darles las velitas con forma de espiral que debían encenderse cuando empezara la procesión del Ora Pronobis, en medio de una algarabía tan ruidosa que por momentos parecía no poderse controlar hasta que la voz de la anfitriona sonaba contundente: “ya, empezemos”.

Entonces, las dos personas que cargaban el portal de madera, por lo regular construido con material de huacales de frutas y verduras, que llevaba las figuras de María y José comenzaban a caminar, mientras las decenas de niños, ya con las velas encendidas, emprendían la marcha rumbo a la casa donde se realizaría la posada.

Fui una de esas niñas ruidosas e inquietas que se desesperaba, porque los adultos no se ponían de acuerdo para empezar la peregrinación, y que todos los días se quemaba las manos con la cera que escurría de las velas que se derretían mientras caminábamos por la calle de Bondoquito, en la colonia Michocana, para llegar a nuestro destino: la casa de los vecinos anfitriones de la fiesta.

Mis recuerdos de esos días siempre me remiten a uno de los momentos más felices de mi vida. Los recuerdos no sólo incluyen la sensación de desesperación por el retraso en la partida de la peregrinación o la quemada de las manos por la cera, sino que abarca el observar la calle con cordones que atravesaban de un lado a otro, donde eran colgaban los farolitos de papel y mechales de heno gris para que todos notaran que en esa calle ya estábamos en modo navidad.

Mis recuerdos también me llevan al olor de la colación que nos daban a los niños después de portarnos bien y cantar el Ora Pronobis y “pedir posada”, porque era una obligación cantar todos juntos y por eso nos entregaban un cuadernillo de papel revolución, que se podía comprar en el mercado o en la iglesia de La Salud, para que no nos equivocáramos. Y también nos regalaban lucecitas que, al encenderlas con el fuego de las velas, comenza-

ban a verse como estrellas.

“Eeeeeennnn en el nombre del cieeee-eloooo, oooooooo pido posadaaaaa...”, era el cántico como la señal de que sólo faltaban unos minutos para comenzar con la fiesta más esperada del año: las posadas.

Entonces, cuando los anfitriones decían la frase mágica --“¡entren santos, peregrinos...”-- la algarabía estallaba. Los niños volvíamos a ser ruidosos y apagábamos las velitas para formarnos y que nos dieran la colación: ay, ¡y el olor a naranja y canela de algunos de esos dulces que yo imaginaba como borreguitos!

Y ese olor se mezclaba con el aroma del ponche que inundaba la casa de los anfitriones cuando lo comenzaban a repartir para que los peregrinos entráramos en calor antes de uno de los momentos más emocionantes de toda esta tradición: la piñata.

Gracias a mi amada abuela, Esperanza, tuve una infancia con temporadas navideñas llenas de felicidad: de posadas, bailes, dulces, limas, jícamas y cañas.

Las piñatas que existían en los setenta era de ollas de barro cubiertas con papeles luminosos, tanto china como lustre, en forma de estrellas, que se llenaban de jícamas, cañas, mandarinas, cacahuates, limas y tejocotes. No existían piñatas en forma de personajes de caricatura ni se llenaban con juguetes o dulces: sólo estrellas llenas de fruta.

Llevaba hasta media hora lograr que alguno de los que pasábamos con los ojos vendados pudiéramos romperla. Sólo se permitían tres golpes por participante. Y, de pronto, cuando se escuchaba el estallido del barro había que aventarse al piso rápidamente para recoger la fruta; ganarla, sin importar que a veces el barro cortara levemente las rodillas o las manos.

Había que correr a robarse un pico de la piñata para usarlo como un conte-



Una posada en la colonia Peralvillo.

Foto: Facebook / México del Recuerdo

nedor de la fruta ganada. Luego venía la piñata para los adultos, en la que los niños no podíamos participar, por nuestra propia seguridad; pero la verdad es que sí nos aventábamos para ganar más fruta.

Luego, mientras los adultos se preparaban para ofrecer la cena, los niños hacíamos recuento de triunfo: cuánta fruta habíamos ganado y la mayoría de las ocasiones había un trueque natural: “no me gustan las cañas; te doy una y me das una lima...”. Y así todos quedábamos satisfechos con los manjares preferidos.

Luego llegaba la fiesta, propiamente dicho, en la que todos debíamos bailar. Niños y adultos. No había pretexto. Era una obligación, como cantar la letanía. Pero eran fiestas que cuando muy tarde terminaban a las 10 de la noche, porque al otro día los adultos trabajan y los niños íbamos a la escuela.

Las posadas eran tan comunes en los setenta, que también las organizaba la

primaria Estado de Michoacán, donde yo estudiaba. Allí no se cantaba la letanía ni había peregrinos porque “la escuela es laica”: pero sí había colación, ponche y piñatas.

Y también las iglesias cercanas a mi casa organizaban Posadas: La Salud, Cristo Rey, San Juanita y San Felipe. Ahí los festejos eran a de las cinco de la tarde y, además de la letanía y el canto para pedir la posada, nos ponían a rezar el Ave María y el Padre Nuestro antes de romper la piñata.

Gracias a mi amada abuela, Esperanza, tuve una infancia con temporadas navideñas llenas de felicidad: de Posadas, bailes, dulces, limas, jícamas, cañas, porque mientras mi madre trabajaba, ella se encargó de que mis hermanos y yo fuéramos muy dichosos, en un Distrito Federal donde los vecinos en las colonias populares eran cómplices en sus afanes de hacer que sus niños tuviéramos los mejores recuerdos de la vida.



Ilustración: IA

Por Patricia Vega

Llegaron las fiestas navideñas y con ellas la tradición anual de escribirle una carta a Santa Clos (y después a los Reyes Magos) en la que solicitamos todo tipo de regalos y parabienes. También es costumbre realizar un recuento de nuestro buen comportamiento para afianzar nuestras peticiones y rara vez incluimos la serie de promesas incumplidas que hemos arrastrado a lo largo de los años.

En esta ocasión me situó internamente en otro lugar: el de la Gratitude por haber recibido a lo largo del año innumerables dones que, sin solicitarlos de una manera consciente, me fueron regalados a lo largo del año. Son tantos que, muchas veces, pasan desapercibidos o los damos por hecho como si hubiésemos hecho algo especial para merecerlos.

Esta es mi lista abreviada de agradecimientos por todo lo recibido este 2024 que está a punto de acabar:

Doy gracias debido a que el 16 de enero mi madre, María Teresa Salcedo Ortega, cumplió 90 años y estuve con ella en una pequeña y amorosa celebración familiar que con la visita de unos primos que viven en California se convirtió en una reunión inolvidable.

Doy gracias debido a que las secuelas del Covid-19, esa niebla mental que

Insoyable gratitud

anidó en mi cerebro se ha ido diluyendo bajo el cuidado de los especialistas del Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán (la lista es larga y como no me gustaría omitir a nadie, menciono únicamente a la institución a la que están adscritos). Desde diciembre, recibo una atención multidisciplinaria que ha permitido mapear y llegar a un diagnóstico más certero.

Doy gracias debido a que durante los primeros seis meses del año pude observar muy de cerca la creación del programa de cultura de la excandidata presidencial Xóchitl Gálvez y que, bajo la dirección de Consuelo Sáizar, fue una de las propuestas más sólidas y aterrizadas para resolver las distintas problemáticas que aquejan a ese sector.

Doy gracias debido a que a partir del mes de marzo inicié un tratamiento alternativo –a partir de biorresonancias— en apoyo a la medicina alópata con el propósito de crear nuevos circuitos neuronales que sustituyan a los

que se apagaron a causa de eventos isquémicos temporales. (Dra. Carmen Ruiz, soy su agradecida fan).

Doy gracias debido a que el 25 de julio cumplí 67 años, bajo el signo de Leo y el reflejo de la Vía Láctea –el Caino de Santiago—. Agradezco la vida y el tipo de vida que me dio mi madre a lo largo de estas casi siete décadas. Pasé este cumpleaños rodeada del amor, cariño y buenos deseos expresados en los múltiples mensajes que recibí de personas que he conocido en distintas etapas y contextos de mi vida y que me dieron la fuerza necesaria para afrontar el siguiente reto:

Doy gracias debido a que el 9 de agosto pude acompañar a mi madre en sus últimos momentos de vida terrenal. Llegó a los 90 años conservando una plena lucidez; ella quería morir “entera” y lo logró. Ni ella ni yo fuimos perfectas, pero nos dimos lo mejor de cada una y por eso casi fuimos perfectas. Agradecemos nuestras fortalezas y perdónamos nuestras debilidades. El estar

a su lado y tomar su mano en el inicio de su viaje al Mictlán nos proporcionó a ambas serenidad y aceptación ante una situación universal –la muerte de un ser querido— que, cuando la vivimos de manera individual, saca a relucir nuestra enorme vulnerabilidad. Descubrir que mi madre fue una mujer muy querida en muchas vidas, además de la mía, fue un regalo inesperado.

Estoy reacomodando las piezas de mi propio rompecabezas en esta ardua tarea de vivir y sobrevivir. Puedo ya reconstruirme sin los mitos que me sostuvieron pero que ya no necesito para seguir andando.

Doy gracias porque he podido empeñarme en conservar la fe, la esperanza, la felicidad y ser gentil con otras personas, a pesar de vivir en un mundo que no esperaba fuera tan cruel y deshumanizado.

Doy gracias porque camino por la vida acompañada por una de las personas que más admiro, quiero y valoro: Gabriela Cano. Y porque no hemos dejado caer en el olvido la felicidad cotidiana que a lo largo de más de quince años nos proporcionaron Rock y Puck, esos rat terriers que transformaron nuestra existencia al enseñarnos que las familias pueden estar integradas por una gran diversidad de personajes.

Doy gracias por tener una maestra de meditación que ilumina con sus enseñanzas los momentos más oscuros de mi vida.

Doy gracias porque en la antepenúltima sesión de este 2024, mi psicoanalista llegó a la conclusión de que ha logrado empujarme a cerrar bien el año: estoy reacomodando las piezas de mi propio rompecabezas en esta ardua tarea de vivir y sobrevivir. Puedo ya reconstruirme sin los mitos que me sostuvieron pero que ya no necesito para seguir andando.

Doy gracias debido a que a lo largo del año he podido ser con entrega y pasión lo que más me gusta ser: periodista de cultura y ciencia. He sido inconmensurablemente feliz al escribir distintos textos periodísticos en distintas y generosas tribunas. Agradecer la posibilidad de escribir con entera libertad y publicar ahora estas líneas en *Libre en el Sur*, es una buena manera de terminar con este recitatorio.



Cinvestav

EXCELENCIA EN INVESTIGACIÓN Y POSGRADO*

MÁS ALLÁ DEL SABOR

La **vainilla**, una de las esencias más empleadas y el tercer condimento más caro a nivel mundial, cuyo centro de domesticación se encuentra en Veracruz, **tiene beneficios que trascienden el paladar.**

Fue usada por primera vez por los totonacas alrededor del año 1400.

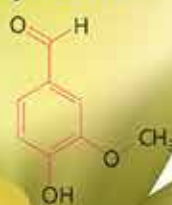
Producción mundial

6 mil toneladas en 2021

Extracto natural

Resultado de la síntesis de

169 compuestos



Usos prehispánicos

Aliviar la fiebre, espasmos y trastornos gastrointestinales y como saborizante de bebidas

Propiedades

Antioxidante, antiinflamatoria, anticoagulante, antimicrobiana e hipolipidémica

Beneficios de sus compuestos:

Vainillina

Como tratamiento contra el cáncer, la ansiedad, pánico, estrés agudo y trastornos del sueño.

Ácido vanílico

Disminuye la presión arterial. Eleva enzimas antioxidantes.

Aplicaciones

Repostería
Bebidas
Farmacéutica
Fragancias
Saborizante



VARIETADES:

V. planifolia

México, Guatemala y Belice.
Aroma especiado y amaderado

V. tahitensis

Filipinas y las Antillas.
Sabor floral anisado

V. pompón "vainilla plátano"

México y Costa Rica.
Sabor y olor suave, floral y afrutado

Entérate de lo más novedoso de la ciencia en México, síguenos en **Conexión Cinvestav**.



f @ConexionCinvestav
i conexioncinvestav
v Conexión Cinvestav



www.cinvestav.mx



Papá Benito y Mamá Angélica.

Video íntimo de Navidad

Por Ivonne Melgar

Las trampas de la memoria dejan en la cajuela del olvido imágenes que, con el tiempo, nos asaltan con la sonoridad de una palabra.

Son esas fotografías que nunca se tomaron y que se alojan en la evocación personal de los acontecimientos colectivos:

Mamá Rosita colocando el Nacimiento en una esquina de la sala con primorosas casas de cartón confeccionadas por ella misma. Y un pequeño espejo que, sobre el suelo, en medio del musgo ornamental, pretende asemejarse a un río.

Estoy feliz mirando cómo Papá Miguel desenvuelve las figuras de barro primorosamente resguardadas: la Virgen María, San José y el Niño Dios por ahora cubierto de algodón porque habrá de destaparse hasta el día 24.

Me gusta mucho ese momento en que, ahora lo sé, mis abuelos paternos disfrutaban que esa niña preguntona los acompañe y celebre cada uno de los pasos que conforman el ritual de los arreglos navideños.

Sucedió cada diciembre de esa década de los setenta en que Miguel Melgar y Rosa Brizuela, maestros ya jubilados, se instalaban en el goce de los preparativos y los detalles que sus nietas, mi her-

mana Gilda y yo, íbamos atestiguando en la espera de las cenas que reunirían a la familia de nuestro padre.

Esos son los episodios de la videoteca del recuerdo que grabaría en mi teléfono celular, si tuviera -por un milagroso regreso a ese San Salvador de mi infancia- la oportunidad de registrarlos como ahora sucede con las cosas que pasan.

Le tomaría un video con acercamiento puntual a Papá Miguel bajando del bus de la Ruta 11, emocionado, exultante, diría, mientras mi hermana y yo, en la puerta de la casa de la colonia Las Rosas, lo escuchamos contarnos que en su búsqueda anual de adornos especiales ha encontrado uno bellísimo y que estamos invitadas a su inmediata instalación.

Pronto, Gilda y yo asistimos a la casa de enfrente, como le llamábamos, para ver cómo nuestro abuelo conecta una lámpara cilíndrica, de pantalla azul océano, en la que circulan peces de distintos colores y tamaños como en un iluminado acuario. Pasamos minutos disfrutando aquel pedazo de mar que él compró en el Centro de San Salvador, cuyas tiendas recorría detectando novedades. No sobra decir que entonces los adornos exportados se diferenciaban de los productos nacionales. Y esa pecera, supongo, era china o japonesa.

Grabaría también, sigilosamente, y a escondidas, la proeza nocturna de mi

madre colocando las esferas de colores sobre la rama seca de un árbol que previamente ha ido a conseguir al barranco trasero y que ella misma cubre de spray color plata.

Candelaria Navas es profesora y trabaja doble turno; en el matutino en una escuela pública, y en el vespertino en colegios privados; y por la noche asiste a la Universidad de El Salvador para terminar su licenciatura en Sociología. Y, sin embargo, esa joven de menos de 30 años tiene la fuerza de montarse en una silla para adornarles la navidad a sus niñas que duermen. Desea verlas saltar de alegría a la mañana siguiente. Es sábado y ellas están ansiosas esperando las fiestas.

Ese video que nunca tuvimos ahora gira en mis pensamientos como historia de Instagram, donde en seguida colocaría la de los peces deslumbrantes de Papá Miguel y otras más narrando visualmente cada tramo en el que Mamá Angélica prepara los tamales en el patio de la quinta donde los mangos manila caen generosamente cubriendo la tierra.

Descalza, ese gusto que me heredó del contacto directo con el suelo, nuestra abuela materna va colocando en las hojas del árbol de plátano la masa cocida y encima el recaudo con garbanzos y pasitas. Consentidora profesional, nos ofrece aquel adelanto de su especialidad en platos de aluminio blanco y azul.

Más tarde, supongo que de otro día o en un año diferente, pero segura estoy que fue un 31 de diciembre, don Benito Navas, abuelo paterno, ríe a carcajadas celebrando los comentarios de nuestro padre Luis Melgar que comparte los tragos de feliz año nuevo con su nuero. Están ahí también mis tíos Patricio y Herman.

Es una escena inusual para nosotros que, como muchas familias, debe dividir sus convivencias en dos tantos en fechas navideñas. Y es tradición que vamos con los Navas en las primeras horas de la tarde, porque la cena y los abrazos de las 12 de la noche son con los Melgar.

Pero esa vez, quizá premonitoriamente pensando en la separación que vendrá con nuestra nueva vida en México, mi padre no sólo nos ha ido con nosotras a ver a Mamá Angélica y Papá Benito, sino que además disfruta a rienda suelta aquel encuentro que de lejos disfruto en silencio. Elocuente, pasado de copas, parece declamar lo que platica. Es tarde, dice Candy, apurándolo a volver a la colonia Las Rosas. Pero él quiere seguir ahí, en el desparpajo de esos instantes que se llaman felicidad.

Son pequeñas historias del video íntimo al que en un hipotético Instagram titularía "el paraíso de la armonía", añadiendo enseguida la ternura de mis madrinas Mirian Alfaro y Edy Chacón, al mediodía del 24 de diciembre, cargadas de regalos para nosotras.

Esos son los episodios de la videoteca del recuerdo que grabaría en mi teléfono celular, si tuviera la oportunidad de registrarlos como ahora sucede con las cosas que pasan.

Fluyen en la caprichosa edición de la memoria el descubrimiento de las posadas mexicanas con música disco de fondo e irremediamente estoy bailando Amor Salvaje.

Y Martín y yo lloramos quedito, de júbilo, en los primeros festivales de Santiago y Sebastián, en la guardería Centro Gesell, cuando suenan los villancicos y ellos, después, en nuestro departamento de Copilco, disfrutaban una y otra y otra vez el repertorio escolar y se detienen en esa que tanto les gusta porque *mira cómo beben los peces en el río, pero mira cómo beben por ver a Dios nacido*.

Son los años de los CD y ese es uno de los preferidos en la banda sonora de nuestras vidas, el fondo musical que hoy le pondría al imaginado video de la historia instantánea donde nuestros niños cantan, la lámpara del acuario de Papá Miguel rueda y se prenden, de madrugada, las luces del árbol que ha terminado de poner mi madre.

Por Ana Cecilia Terrazas

Las navidades¹ se tienen que abarrotar de un envoltorio pleno de oropel, foquitos muy deslumbrantes, mucho *diurex*, harto moño y todo tipo de tiernísimos distractores. ¿Por qué? Porque, por las razones y tradiciones que fueren, celebrar cada año implica hacer un recuento y corte de caja. Este repaso es, en realidad, una evaluación o examen anual de vida. Y la vida es, entre muchas otras cosas –que pueden incluir emociones, diversiones, pasiones y alegrías– un irrefrenable conteo de tiempo, para atrás, con fin en nuestra propia muerte.

En las navidades se reúne la familia, la que queda, la que haya, la que existe y la que puede o quiere. En esa sola cita se añaden, se restan o agregan integrantes del círculo de la primera fila emocional. Es época de añoranza entonces, de nostalgia y de valoración. A quién queremos, a quién quisimos, a quién extrañamos, todo esto emerge en navidad. Y también, a quién agregamos, perdimos o segregamos.

Las fiestas o reuniones navideñas nos obligan al recuento de lugares, invitaciones, cercanías, lejanías, separaciones. Hay o no hijas, hijos, parejas, matrimonios, padres, madres, abuelos, nietos, animales de compañía, amistades solitarias, parentela en segunda línea; agregadas, agregados políticos, invitados pasajeros o de planta.

Pero estas fechas no sólo significan un pase de lista de personas en nuestro contexto; cada ciclo, tan claramente marcado, pone en la balanza los hechos del año, los éxitos, los fracasos, las frustraciones, el trabajo, la profesión, las creaciones, las novedades, los hábitos que nos consumen, los inevitables, los felices o los que aburren. Qué hicimos, qué dejamos de hacer, qué nos falta, cómo estamos de salud, de economía, de psique, de emociones. ¿Hemos mejorado, empeorado, estamos orgullosos de ser estas personas que somos ahora?

Las preguntas y evaluaciones pueden realizarse a veces de forma consciente, pero lo cierto es que de todas maneras se hacen presentes. Todo ese listado de cuestionamientos y apreciaciones se sirve ahí, en nuestra cena o comida navideña, en nuestro sentimiento, en nuestra pausa para celebrar un ciclo clarísimo cada navidad, cada año nuevo.

Y el 2024, además, por si fuera poco lo anterior, trae consigo fortísimas tensiones, cambios, sorpresas y acontecimientos a nivel global, mundial, continental y local.



Foto: Francisco Ortiz Parco

Navidades y oropel

No es de extrañar, por ende, que la industria, las empresas, la gente, se deje llevar por contenidos puntuales que deslumbran, abrazan y acogen nuestra atención y tensión navideña. Este paquete collage, terapéutico, relajador, suele estar hecho de: árboles, noche-buenas, galletitas de jengibre, planes de posibles e imposibles viajes, romeritos, bacalao, pavo, costumbres específicas y de familia, cuentas para ver si alcanza el presupuesto, turrónes, piñatas, juguetes, reyes, Santa, guayabas, velitas, posadas, bazares, baratas, rezos, agradecimientos, postales, regalitos, dulces, pastelillos, zapatos, deseos, tradiciones, ponche, estrellas plateadas, papel picado, series de foquitos de led, invitaciones, abrazos, falsísima escaracha, cascabeles, almendras recubiertas, rompoppe, nacimientos, ensalada de manzana, promesas de vernos “antes de que acabe el año”, pesebres de paja, esferas, vestuario con sweaters, los llamados *Christmas carols* y los *covers* de música navideña en todos los géneros posibles, mucho fieltro verde y rojo, nieve de unicel, etiquetas, besos, calentadores eléctricos, luces de bengala, muñecos de madera del *Cascanueces*, calcetines y calcetinsotes colgantes, el Centro Histórico repleto, mayones, villancicos, nuevos looks, chamarras, heno, frito (que cada vez es menos),

“Todo ese listado de cuestionamientos y apreciaciones se sirve ahí, en nuestra cena o comida navideña, en nuestro sentimiento, en nuestra pausa para celebrar un ciclo clarísimo cada navidad, cada año nuevo”.

tráfico imposible, cobijitas pachonas, bailes con orquestas, grupos o intérpretes de ocasión, brindis con sidra u otros, bufandas, colación en colores pastel, *fruitcakes*, rollos de nuez, bolsita reciclada con su muñeco de nieve y diamantina, orejones, tejocotes, cañas, dietas aplazadas, frutos secos...

Todo eso arropa o ha arropado, en alguna medida, una dura sensación –afortunadamente en tránsito hacia enero y los tamales– de pérdidas variadas y variables.

A esta columnista, desde la infancia, le enseñaron su mamá y su papá que la navidad tenía otra dimensión y profun-

dididad. No eran los regalos ni las cosas ni la cena sino que, en realidad, esta fecha era un auténtico renacimiento, la oportunidad providencial de agradecer y recomenzar. Evidentemente, no por falta de ganas sino porque el duelo del ciclo se impone, ese mensaje se iba comprendiendo a cuentagotas a lo largo de décadas hasta que, la alegría de Sambuca por sus juguetes navideños (una pastora alemán negra que llegó benditamente a mi vida en 2014) transformó mis sensaciones respecto de la época decembrina. Y con ese disparador de gusto y aprecio por la vida, ahora en estas fechas voy recuperando, al alza: sonrisas, presencias, retos, logros, vida, nuevas rutas y desde luego el ánimo de dar (sobre todo) regalitos; eso va armando la felicidad navideña, las cenas, las reuniones, los planes, lo que se pudo y lo que no se pudo.

Hoy puedo decir que, a diferencia de casi toda mi vida, la navidad me provoca una ilusión real, concreta, con su buena energía integrada. Eso no quiere decir que no exista la nostalgia y la conciencia de lo que ya no está; solamente implica que una se arroja a la alegría navideña y al chance inmenso de recomenzar. Y sí, también todo eso, en el fondo, se encuentra bajo el atuendo de las luces, el colorido, el arbolito y las esferas.

Es posible que lo que se diga a continuación cambie pero, por lo pronto, creo que cada navidad es mejor a la anterior. Esta, en especial, la de 2024, está cargada de una incertidumbre acotada por un muy buen porcentaje de optimismo, algo de nostalgia y mucha contentura. Del pasado gratitud, del presente plenitud y del futuro esperanza. ¿Verdad?

(1) En el México occidental, burgués; capitalino y benitojuarenses, clasemediero y desde la perspectiva de esta autora.

Por Oswaldo Barrera Franco

El primer viaje al extranjero por mi cuenta fue a Cuba, en diciembre de 1994. Poco antes de la devaluación del peso y sin sospecha alguna del “error” que se estaba fraguando, gasté una buena cantidad de dólares entre Matanzas y La Habana, donde no había siquiera una señal de que la Navidad estaba próxima, en medio de una recesión conocida como el “periodo especial”. Eso, hasta que las noticias sobre la caída del peso me hicieron guardar con recelo los dólares que me quedaban y pasé mis últimos días en La Habana caminando por toda la ciudad mientras buscaba cómo gastar lo menos posible, sin dejar de sorprenderme por la generosa hospitalidad de los cubanos.

“En la noche prendí las luces del árbol en lo que me preparaba algo para cenar. Un sándwich sería suficiente, en lugar del bacalao, los romeritos o el pavo acostumbrado en esas fechas”.

Aquel viaje terminó justo el 24 de diciembre, cuando, al regresar a la ciudad, me encontré con mi familia en el aeropuerto. No esperábamos coincidir, ya que ellos estaban por comenzar su propio viaje al Caribe, supongo que inspirados por el mío. Aun así, nos topamos en uno de los largos corredores de la terminal y aproveché para contarles brevemente cómo había visto todo por allá; en particular, les pedí que cuidaran mucho sus dólares y, de ser posible, que evitaran a quienes se acercaran para pedirles algo a cambio de un ameno momento de convivencia. Al despedirnos nos deseamos, a regañadientes por mi parte, una feliz Navidad.

Era la primera vez que pasaba aquellas fiestas sin mi familia. Fastidiado por lo que había dejado de representar para mí un periodo de fraternidad y paz, y cansado de los viajes familiares anteriores, en los que me aburría hasta el hartazgo, había decidido que mi primera estancia solo en el extranjero, así como aquella época navideña, la pasaría sin posadas, sin villancicos y sin las acostumbradas prisas por tener todo listo para la cena de Nochebuena. Me pareció el mejor de los tratos y quedé en verme de nuevo con mis padres hasta la víspera de Año Nuevo.

Al llegar a casa, encontré el árbol navideño listo, con esferas, adornos y series de luces cubriendo cada rama. El nacimiento estaba, como siempre, abajo del árbol y, alrededor de éste, los regalos. Miré con curiosidad aquellas cajas con envoltorios brillantes y vi que mis padres no se habían olvidado de dejar uno para mí, a pesar de mi negativa a recibir obsequios ese año. No pude evitar sentirme conmovido por aquel detalle.

En la noche prendí las luces del árbol en lo que me preparaba algo para cenar. Un sándwich sería suficiente, en lugar del bacalao, los romeritos o el pavo acostumbrado en esas fechas. Afuera se alcanzaba a oír la letanía para pedir posada e incluso algunos de mis vecinos, los más cercanos y con quienes me unía una gran amistad, tocaron a la puerta para invitarme a pasar la Nochebuena con ellos. Me negué, congruente con mis recién adquiridos principios antinavideños, aunque agradecí el gesto. Esa noche, como muchas de las siguientes hasta terminar aquel año, la pasaría solo, sin siquiera un ponche para combatir el frío.

Me senté en un sillón para contemplar el árbol y ver cómo las luces iluminaban el techo de la sala. Aunque estaba dispuesto a dejar que esa fecha pasara de largo sin mayor trascendencia, aún me atraía, como desde pequeño, el espectáculo de las luces de colores en su continuo prenderse y apagarse, como mi estado de ánimo en ese momento. Estaba convencido de que, a partir de entonces, así sería el resto de mis navidades, aunque en el fondo extrañaba la emoción infantil que solía llegar con esas fechas.

Por una parte, era agradable estar solo, sin más ruido que el de mis pensamientos, que cada vez se volvían más melancólicos. Por otra, en medio de aquel silencio la casa se sentía enorme y fría sin mi familia. Faltaban sus voces, su presencia alrededor de la mesa del comedor, siempre cenando tarde, casi a punto de dar las doce. Sin embargo, ahí estaban sus regalos bajo el árbol, como recordatorio de que, a pesar de mi ansiada soledad, no era el único habitante de aquella casa poblada de recuerdos.

Aquel silencio a mi alrededor se fue llenando de las voces de mis padres y mis hermanas, a muchos kilómetros de ahí, pero juntos. Me resistí un poco, pero de pronto sentí un impulso y me dirigí a la cocina. Llené un vaso con lo primero que encontré, alcé mi mano y, ajeno a mis prejuicios por aquellas fechas que,



Foto: México del Recuerdo / Facebook

Nochebuena sin ponche

supuestamente, habían dejado de significar algo importante para mí, brindé por mi familia, a la que, en el fondo, también le deseé una feliz Navidad.

Al final, luego de una semana, ya con mi familia en casa, nos juntamos para recibir un nuevo año, casi tan complicado como el que estaba por finalizar, pero siempre bienvenido. Los regalos

alrededor del árbol se repartieron y llegaron los abrazos pendientes desde Navidad, junto con aquellos reservados para desearnos un feliz año. No podía negarlo, a pesar de disfrutar mi soledad, era mejor hacerlo en familia. Cuarenta años después, desde mi propia casa y con la pequeña familia que he elegido, puedo afirmarlo: ¡felices fiestas!

Por Francisco Ortiz Pinchetti

A la memoria de mi hermano Humberto

Inevitablemente la Navidad me remite al recuerdo de Humberto, el segundo de mis hermanos, fallecido apenas hace un mes.

Hasta donde me acuerdo, Beto (que así le dijimos siempre) quiso ser ingeniero, pero por razones que no tengo claras decidí luego estudiar Administración de Empresas y obtuve su licenciatura. Sin embargo, de alguna manera tuvo siempre una inclinación por la innovación y varias veces nos mostró utensilios y aparatos que merecieron haber sido patentados.

Seis años mayor que yo, Humberto fue durante toda mi niñez una suerte de "segundo papá". Me cuidaba, jugaba conmigo. Nos íbamos juntos a la escuela, primero en el Circuito Colonias y luego en bicicleta, que era nuestro transporte favorito: él manejaba y yo siempre atrás. Mi hermano no era solamente el conductor. También se hacía cargo del mantenimiento de la bicicleta y de las reparaciones que fueran necesarias. Para eso tenía su *stock* de herramientas, completito, que incluía llaves de tuercas, pinzas, desarmadores, parches para cámara, pivotes de repuesto, aceite "3 en 1", bomba de aire... Cuando sufríamos alguna ponchadura de llanta u otro desperfecto, él se encargaba, lo cual a mi me provocaba una gran admiración.

Desde nuestra casa entonces, en la avenida Pedro Antonio de los Santos de la colonia San Miguel Chapultepec, atravesábamos todo el bosque por atajos y veredas y luego buena parte de la colonia Polanco hasta llegar al Instituto Patria, que estaba en la calle Moliere.

La Navidad en mi familia tenía tres aspectos principales, además del olor a pino del arbolito. Uno era por supuesto la tradicional e infaltable cena con la familia de mi madre, en la que convivíamos los primos, hijos de los tres hermanos Pinchetti (Emily, mi madre; Adelita y Enrico) con mis abuelos Adela y Humberto y mi tío abuelo, Romeo.

El segundo era la Nochebuena propiamente dicha, antes de irnos a la cena, cuando de pronto se apagaban las luces por unos cuantos minutos y enseguida se iluminaba la casa mientras sonaban las notas inconfundibles de *Jingle Bell* y aparecían como por arte de magia los regalos: ¡había llegado Santa Claus!

El tercero y quizá más importante de los tres aspectos era el tradicional Nacimiento. Durante muchos años fue

Un Nacimiento ¡vivo!



Un nacimiento

mi madre la directamente encargada de instalarlo, para lo cual mi padre preparaba la infraestructura necesaria con mesas y cajas de cartón. En el mercado compraban el musgo y el heno con que se cubría aquel paraje maravilloso en el que pastores con sus ovejas y otros animales se encaminaban hacia el pesebre en el que María y José esperaban la llegada del Niño Jesús.

Supongo que Emily heredó el gusto por esa costumbre hermosa de su padre, don Humberto Pinchetti. El caso es que cada año agregaba alguna nueva figura, o un aditamento, a las estatuillas italianas que componían su Nacimiento. Siempre le quedaba hermoso, aunque yo, un niño entonces de siete u ocho años, lo sintiera repetitivo y un tanto plano.

Poco a poco, Emily nos fue delegando la responsabilidad de la instalación a mis hermanos Humberto y Margarita, y luego a mí. Aporté una innovación interesante: incluir una parcela de tierra en la que sembramos semillas de alpiste, que al humedecerlas con agua germinaban y semejaban una milpa viva en miniatura.

La gran innovación, sin embargo, fue la aportación de Humberto: un siste-

ma hidráulico que hiciera posible la existencia de un río de agua corriente real en lugar de los espejos con los que simulábamos lagos en los que nadaban patos y peces de barro. "Hay que darle vida al Nacimiento", decía.

"Supongo que Emily heredó el gusto por esa costumbre hermosa de su padre, don Humberto Pinchetti. El caso es que cada año agregaba alguna nueva figura, o un aditamento, a las estatuillas italianas que componían su Nacimiento".

No fue fácil. Además de la construcción ingenieril del cauce fluvial, con su necesario declive y la instalación de puentes y cascadas, fue menester conseguir una bombita eléctrica que permitiera recircular el agua para que esta fluyera de manera ininterrumpida por el río.

En ese entonces no era tan fácil como ahora conseguir una bomba adecuada. Fuimos Humberto y yo a la calle de Independencia, en el Centro, a buscar en las tiendas especializadas que ahí funcionan una que tuviera la potencia adecuada para levantar el líquido desde el depósito en el que caía bajo la desembocadura del río, hasta su nacimiento en la parte alta del Nacimiento, tal vez a un metro o metro y medio de altura.

Por supuesto, mi hermano se encargó de la instalación de la bomba, incluida su alimentación eléctrica. Además de una adecuada y llamativa iluminación a lo largo del río. Y cuando lo puso en funcionamiento con éxito, a su evidente satisfacción (recuerdo su alegría) se sumó el asombro y algarabía de Margarita y mío, primero, y de mis padres cuando les dimos la sorpresa cuando llegaban de un día de compras... seguramente navideñas.

En esa ocasión, además, habíamos instalado el Belén (como algunos lo llaman) por primera vez a la intemperie, en el jardín delantero de nuestra casa, en la calle de Taxco de la colonia Roma Sur, lo que le enriqueció con un entorno natural. ¡Teníamos un Nacimiento vivo!

Por **Melissa García Meraz***

Como cada mañana, se despertó, notó la cama vacía y suspiró. Extendió la mano, por costumbre. Aunque sabía que él ya no estaba, movió la mano sobre la sábana, casi frenética. Al cabo de un momento, se detuvo; se secó las lágrimas que surcaron sus mejillas. La mañana continuaba, como si el dolor no la hubiese rozado y, como siempre, fue a la cocina por una taza de café.

Hacía tiempo que Ricardo se había marchado. A veces, a Isela le costaba recordar sus facciones, su voz... ¿Cómo podía ser? Lo pensaba todo el tiempo, pero los detalles se desdibujaban, se escurrían de su memoria como agua entre sus dedos. Recordaba conversaciones, pero no todas; solo fragmentos. Lo único claro era su sonrisa: esa no cambiaba, no se iba; sin embargo, sus recuerdos eran frágiles, nostálgicos, como hojas arrastradas por el viento. Se acercaba el fin de año y, con él, esa nostalgia se convertía en tristeza; eso era algo que aún no podía evitar.

“El tiempo es una corriente implacable que solo avanza del presente hacia el futuro, sin permitirnos regresar. No había forma de hacerlo volver, y aun si volviese, ya no sería el mismo”.

Hacía tiempo que Ricardo se había marchado, pero su recuerdo persistía, como un eco. Tal vez era el primer año sin él, y la navidad, que parecía ajena al dolor, se convertía en un espejo de las pérdidas acumuladas por el tiempo: los amores perdidos, los padres ausentes, las promesas rotas, las palabras no pronunciadas, los sueños olvidados que se iban juntando como una colección de un álbum apenas estructurado, amortiguadas apenas por el paso de los días. Así era, a ella esta época le había parecido siempre alegre pero quizás no lo era. La finitud de los días ahora le recordaba la inevitabilidad del cambio, de su lucha constante contra el olvido.

Quizás nuestro anhelo de querer que las memorias no se conviertan solo en eso, en recuerdos, que el tiempo no pase, que las cosas no maduren, como madura la tierra, las plantas, las flores, y nos recuerdan lo finito del mundo, lo momentáneo del presente, del amor, y de los momentos que nunca regresan. Pero cómo todo, la finitud del año, el cambio del paisaje nos recuerda la fini-



Foto: Melissa García Meraz

Memorias de un Tiempo Irreversible

tud de todas las cosas. En ese momento quiso llorar, pero no pudo, había quizás agotado sus lágrimas. Entendió que lo que trasciende es el recuerdo, la nostalgia, la sonrisa de quién alguna vez amamos y nos amó, junto con la añoranza de las palabras no dichas.

La vida, pensó, no se mide solo en hechos y sucesos. Como dijo Mark Twain, consiste sobre todo en esa tormenta de pensamientos que inunda la mente sin cesar. De recuerdos que se acumulan en la mente y nos invitan a añorar el pasado.

Quizás por eso el otoño siempre fue su estación. Las hojas cambiaban de

color, el clima se enfría, y la naturaleza se prepara para el invierno. Era un recordatorio de lo impermanente, de la transición constante que define la vida misma.

Levantó la copa e invitó a la luna, y pensó: *con mi sombra somos tres*. Pero ella no bebe, solo mi sombra puede acompañarme. No le temía a la muerte, sino al tiempo; a olvidarlo, a olvidarse de sí misma y de la felicidad que alguna vez tuvo, que fue tan efímera, tan momentánea. De la felicidad que tuvo al lado de sus padres, ahora también parte sólo de sus recuerdos, de su época estudiantil, del tiempo sobre el pasto contemplando las nubes mien-

tras fumaba con sus amigas. Los recuerdos se volvieron como las hojas que el otoño tiró para que llegara el invierno.

En ese momento entendió que el otoño no había terminado. Estaba en ese frágil instante de preparación, de aceptación. Porque incluso en la transición más fría, siempre hay un momento para recordar, para sostener el presente antes de dejarlo ir.

El tiempo es una corriente implacable que solo avanza del presente hacia el futuro, sin permitirnos regresar. No había forma de hacerlo volver, y aun si volviese, ya no sería el mismo; ella ya no era la misma. El dolor cambia, transforma, pero también fortalece. En el flujo continuo del tiempo, nos volvemos cautivos, enfrentándonos a la inevitable sensación de pérdida que deja a su paso. A diferencia de la muerte, que no percibimos al llegar, el tiempo nos marca profundamente con las ausencias y los cambios que trae consigo. El tiempo no se detiene, y ella, ahora, era diferente. Cada pérdida, cada desamor, cada persona perdida por muerte o por desdén nos recuerda que solo a través de ellos podemos comprender la intensidad del amor vivido. Aunque no podemos retroceder en el tiempo, encontramos una forma de trascenderlo en la nostalgia, en las memorias que atesoramos al llegar el invierno.

En ese momento pensó que esas memorias, esas conversaciones internas, esas imágenes en su mente donde aún lo recordaba riendo, no se irían como se habían desvanecido tantas otras. Como reflexionaba George Herbert Mead, el pensamiento es social: no pensamos nada para nosotros mismos, sino para compartirlo con los demás, de esta manera, la memoria también es social. Se compone de conversaciones internas, dirigidas a nosotros mismos, pero que buscan resonar en los demás. Nos dirigimos a nuestros seres amados y, en nuestro pensamiento, nos contestamos como pensamos que ellos lo habrían hecho. Como recuerdos que se arremolinan recordó su voz, su tacto, su silueta y su piel. Él siempre estaría en sus recuerdos; quizás no podría regresar a él, al pasado, pero sus memorias resistirían el tiempo y el olvido.

Dejó la copa, tomó su abrigo y tomó su camino sobre la vereda, observó las hojas caídas, los árboles desnudos resistiendo al invierno, abrazando el frío como un prelude de lo que vendrá. Sabía que incluso en el hielo del invierno, la promesa del cambio persistía. Comprendió que el amor trasciende el tiempo y el espacio. Con una sonrisa en los labios y el eco del pasado en su corazón, siguió caminando hacia el futuro, sabiendo que al final del invierno, siempre llega la primavera con nuevas promesas.

* Facultad de Psicología UNAM

Ojos bien cerrados



Mariana Leñero con los ojos bien cerrados, según la IA.

Por Mariana Leñero

Nunca fui buena con los deportes que requirieran el uso de algún tipo de pelota. Ni grandes, ni chicas, ni duras, ni blandas. Tampoco con los que necesitan el uso de algún tipo de raqueta, bate o palo, o los que implican el movimiento de pies, manos o cualquier otra parte del cuerpo.

Crecí en un ambiente donde las limitaciones deportivas carecían de importancia. Aun cuando mis padres nos inscribían en varios deportes, comprometerse con alguno no estaba en su manual de paternidad. Confieso que mi problema no solo se debía a la falta de práctica, sino que también nació con una limitación para realizar actividades que requieren movimiento y coordinación, así como para entender la relación que existe entre mi cuerpo y los otros. Es decir, nació torpe.

Estudí en el Colegio Madrid, donde, como en muchos otros colegios de México, el fútbol es la esencia de la vida estudiantil. Así que, para quienes, como yo, el manejo adecuado del balón nos había sido negado, esa esencia había que encontrarla en otra parte. Eso se oye fácil, pero no a la edad en la que pertenecer es el deseo principal e insistente, como los mismos granos que se adueñan del rostro en los momentos menos oportunos. Así

fue como el fútbol lo viví desde mis sueños y en las gradas.

Con el voleibol pasó lo mismo: ahora el movimiento descoordinado de los brazos y las manos robaba la atención de quien me mirara. Ni para tocar, ni para pasar, ni mucho menos para sacar. Para acabarla de amolar, la cancha estaba en medio del patio principal, como un escaparate. Era mejor hacerse la mesa e irse a comer lunch en las jardineras.

Tuve un poco más de suerte en el juego de quemados. Quizás porque ahí no había que tener mucha técnica. Se utilizaba una pelota de tamaño accesible y menos dura. Si tenía suerte, podía apachurrarla entre mis dedos como si fuera una almohada y lanzarla para "aniquilar" al contrincante. Al mismo tiempo, moviéndome como fuera (con estilo o sin él), podía esquivar proyectiles que, si no me mataban, lo hacían con otros compañeros. Pasabas desapercibido, y lo mejor era que, mientras tirabas, brincabas y esquivabas la pelota, era válido cerrar los ojos.

Agregado a mi torpeza deportiva, estaba este peculiar reflejo: cerrar los ojos en el momento en que un objeto se dirigía a mí, o cuando corría rápido, tenía miedo o emoción.

A mi corta edad, ya les había sacado un par de sustos a mis maestros, enfer-

meras y a mis padres: frente descalabrada, barbilla abierta, rodillas rajadas. Las primeras veces llegué directito al hospital, pero después ya solo me levantaban del suelo, apretaban la herida y tenían que decidir si dejarme en la enfermería o llevarme al hospital para regalarme unas cuantas puntadas o ponerme esos simples "pegotitos" que parecen moñitos de niña idiota. Yo solo recuerdo las miradas que escondían preguntas insistentes: "¿Otra vez?", "¿En serio es la misma niña?", "¿Que no sabe abrir los ojos esa babosa?". Aquí tengo algunas de las sombras marcadas en mi piel de una que otra de esas heridas.

Pasaron los años, y eso de cerrar los ojos quedó en el olvido. También mis limitaciones deportivas dejaron de tener importancia, y comencé la reconfortante aventura de ir al gimnasio (y gustarme), hacer senderismo y correr, ahora sí con los ojos bien abiertos.

Hasta que llegó el *pickleball*. Pensé que un deporte con un nombre tan absurdo como "pepinillo" no podía ser tan difícil como el tenis, en el que por supuesto ya había fracasado. "¿Qué tan difícil puede ser este deporte con semejante nombre?". Pero desde la primera vez que entré a la cancha entendí que el *pickleball* no tenía nada de pepinillos ni nada de sencillo.

Aun cuando la pelotita parece juguete de feria y las "raquetitas", un híbrido entre las de ping-pong y playa, las reglas y la coordinación que se requieren son igual de complicadas que en cualquier otro deporte. Y ni hablar del sistema de puntos, que parece diseñado para que no sepas qué está pasando y mejor te concentres en atinarle a la pelota.

El problema no es solo mi falta de coordinación —que ya es bastante mala—, sino mi eterno reflejo de cerrar los ojos cada vez que algo se acerca demasiado rápido. No importa cuántas veces me lo repita: "Esta vez no cerraré los ojos". Mi cuerpo simplemente no coopera, y si logro tocar la pelota, esta sale disparada en la dirección más inesperada: la red, el cielo, la cancha de al lado o, en el peor de los casos, la cara de algún pobre espectador.

"El problema no es solo mi falta de coordinación — que ya es bastante mala—, sino mi eterno reflejo de cerrar los ojos cada vez que algo se acerca demasiado rápido".

Lamentablemente para mí, los avances en las clases que he tomado con mis amigas tienen poco de qué presumirse, y cuando me invitan a practicar con otras personas, hasta me dan ganas de decirles que es mi primera vez, y trágicamente lo creen.

La última vez me tocó una compañera que tenía el espíritu competitivo que todo buen deportista necesita; sin embargo, también tenía la poca paciencia que una persona torpe como yo no busca en un amigo. Por más que me explicaba una y otra vez que no pisara el "kitchen", que no debía gritar el punto o que debía mantener la pelota dentro de la cancha, yo solo estaba ocupada luchando contra mis instintos más básicos: "no cerrar los ojos".

La única diferencia entre lo que me pasaba en mi juventud, ahora es que, hoy en día, me vale madres. Mientras los otros jugadores se mueven con agilidad, calculan sus tiros y hacen golpes elegantes, yo simplemente me pongo a disfrutar de la compañía, de un buen día de sol y de lo divertido que es estar viva. Viva con cicatrices que han sanado, pero también viva y con la posibilidad de que vuelva a crear otras.

Escritor



Foto: Cotto Bro Studio / Pexels

Por Luis Mac Gregor Arroyo

No hay peor cosa que ser escritor y tener que enfrentarse a la página en blanco. El pavor es grande. Uno siente que se le revuelve el estómago de tan sólo pensar que debe sentarse y vertir en el papel una obra de arte. Realmente es una de las profesiones más bellas porque puedes expresar lo que te venga en gana pero tiene su lado pesado que es, justamente, llenar de palabras el espacio blanco.

¿Cómo empezó esto? Un día estaba en Jalisco y estaba dando clases en preparatoria. No se lo recomiendo a nadie y más si son delicados del corazón. Ser escritor tiene su lado de estrés pero al que se ven obligados los docentes lo supera con creces. De cualquier manera estaba dando clases de inglés a los adolescentes cuando eran los últimos días del semestre. Yo estaba entre azul y buenas noches en cuanto a si deseaba continuar esta tarea. Realmente me agotaba: preparaba las clases con

ahínco con la esperanza de hacer un gran momento frente a los jóvenes, pero en gran parte de los grupos a mi cargo realmente no se lograba nada. El maestro estaba pintado como payaso para satisfacerles sus más mínimos caprichos.

No era así en un principio. Como maestro podía imponerse la disciplina: si no se portaban bien y de manera respetuosa con uno como docente y con los compañeros menos echados a perder, se les podía sacar del salón o mandarlos con el prefecto. Eso quedó prácticamente prohibido en el nuevo sistema educativo establecido en el sexenio de Peña Nieto. Se ve que tenían un total desconocimiento de lo que representa dar una clase y hacerla exitosa.

“El reto es no dejar la página en blanco y escribir algo todos los días. Al agarrar la maña –aunque impacte la página vacía– paulatinamente aparece un texto aceptable”.

Tras la reforma educativa de ese sexenio los chicos se quedaron como al garete en el océano de la indiferencia. Es decir, el salón de clases se volvió cualquier cosa menos un lugar para enseñar. Prácticamente se quitaron todas las posibles formas en que el docente podía llamar a la cordura a los alumnos para que pusieran atención. Entonces debía nacer de ellos el interés por aprender complementado con una dinámica de clase donde el maestro, milagrosamente, sabía motivarlos y encaminarlos por el mundo del saber a lo que ellos gustosamente se prestarían. Lo malo es que la mayoría de los alumnos no se prestan para aprender y los que sí, al ser minoría, se echan a perder con la tendencia, propia de la mayoría, de desperdiciar el tiempo, que invade casi todo el salón de clases. Aun las honrosas excepciones no son de mucha ayuda cuando tienes solo tres alumnos que atienden en un grupo de 50.

No estoy alegando aquí sobre el contenido de los libros de texto: si estos

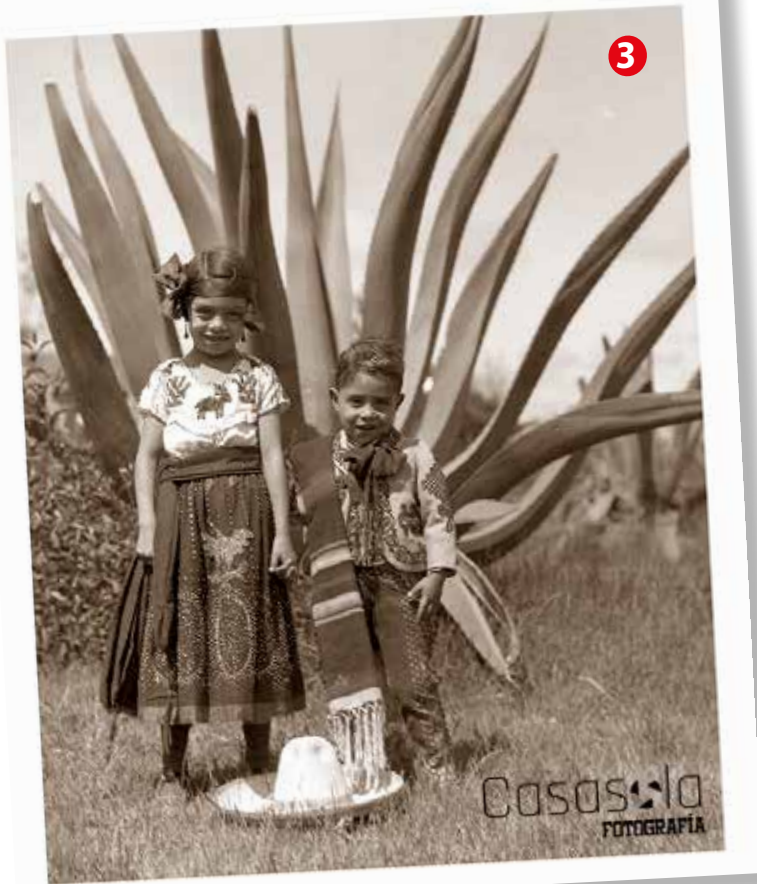
enseñan algo de provecho o no a los estudiantes es lo de menos. No importa si fueron hechos por los mejores pedagogos del mundo. El hecho es que con un plumazo en el último sexenio donde ha gobernado el PRI el sistema de aprendizaje se cambió por uno que es prácticamente inútil, lo que no fue rectificado en el sexenio que acaba de terminar. Hasta donde sé se modificó el contenido de los textos pero la mecánica para que los docentes ejercieran un poco de presión en la disciplina de los estudiantes no mejoró. Así que, desafortunadamente, hay bastantes estudiantes que llegan a la universidad y no saben dividir ni multiplicar; algunos apenas saben escribir su nombre y si se les pide realizar algún ensayo es algo imposible.

Así las cosas, di por terminada mi jornada como docente de preparatoria y me he dedicado a vender café, a manejar redes sociales y a escribir. No me puedo quejar, ahí la llevo. Ahora el reto es no dejar la página en blanco y escribir algo todos los días. Al *agarrar la maña* –aunque impacte la página vacía– paulatinamente aparece un texto aceptable.

Es curioso, hace como 20 años traté de escribir algo y no pude. Me salió una especie de cuento sobre un tipo que tenía que ser Dios pero la vida solo le produjo dolores, por lo que se volvería un Dios que quería ser todo menos ello. Después, cuando era redactor en una revista tomé un curso cuyo eslogan decía algo así como “para escribir cuando las musas no digan nada”; es decir, uno debe de escribir lo que fluya, no se trata de esperar que llegue alguna fuente de inspiración sino de vomitar en el papel lo que uno traiga adentro.

Ya a partir de 2018 he intentado escribir de manera seria por mi cuenta y no he tenido un guía tal que me dijera “ve por aquí y por allá no”. La conclusión es aprender a poner en el fondo en blanco todo aquello que se tenga en el sentir. Como cuando cantas una canción que te gusta mucho, la cantas por el impulso de sentirla. Ese impulso es el que predomina en la escritura: uno debe escribir lo que guarda adentro: que un amor que te dejó y tienes un gran sufrimiento, eso debes de escribir; que un amor nuevo que te hace ver la vida color de rosa, eso debes de escribir. O que te sacaste la lotería. Un buen escritor desarrolla lo que le da sentido a su vida. El mejor premio es que alguien disfrute de lo que narra. Bueno, los dejo: tengo que escribir.

Los niños en diciembre



ADRIÁN CASASOLA

Llega el mes de diciembre y como es costumbre desde hace muchísimos años, chicos y grandes en nuestra ciudad esperan con ansia la época navideña.

Antiguamente los niños aguardaban la llegada de los Reyes Magos durante la primera semana de enero. Con el paso de los años y nuestra gran cercanía con Estados Unidos, comenzó a adoptarse la tradición decembrina de recibir presentes a través de Santa Claus, quien cobró popularidad gracias a una conocida marca de refrescos que catapultó su imagen hasta nuestros días en el que se ha convertido en un personaje infaltable a nivel mundial.

A principios del siglo XX, como podremos observar en las imágenes que les presentamos a continuación, una infinidad de aspectos han cambiado y otros, para bien o para mal, siguen sucediendo con frecuencia.

Podemos apreciar, por ejemplo, a un grupo de niños arremolinados alrededor de un puesto donde se venden juguete creados por artesanos que han transformado a través de sus hábiles manos diferentes objetos: un cañón para "jugar a la guerra", un zepelín de hojalata, un pequeño camión de madera, barcos de vela con la bandera mexicana ondeando. Vemos también a un niño de clase alta, ataviado al más puro estilo de un militar francés, montando orgullosamente un caballo de carrusel, sintiéndose del lado vencedor de la batalla.

Otros niños en cambio eran vestidos con trajes típicos para ir a misa y cantarle las mañanitas a la Virgen de Guadalupe en su día en la iglesia más cercana, o incluso caminar por las calles hacia el rumbo de Lindavista y visitar la antigua Basílica. Otros infantes, como es el caso de la fotografía número 4, trabajaban en el negocio familiar atendiendo a los clientes que compraban mecates, sombreros, canastas, escobas, cuerdas y todo tipo de artículos de jarciería. Seguramente recibiría un juguete a través de Melchor, Gaspar o Baltazar gracias a que se portó bien, ayudó en todas las tareas y respetó a sus mayores.

La fotografía número 5 es parte de un suceso que cambió el rumbo de la Ciudad de México y de nuestro país para siempre. El movimiento armado de 1910 generó la incorporación masiva y en la mayoría de los casos, forzada, de niños que debían ser reclutados si podían sostener y cargar un fusil. Aquí vemos a un niño con atuendo militar federal caminando con su tambor en una mano y un costal donde seguramente guarda todas sus pertenencias. Para él la prioridad es sobrevivir; los regalos y los festejos quedarían para después.

Los invitamos a visitar nuestra nueva Galería Casasola en Calle Benito Juárez 2D, San Ángel, a

partir del 3 de diciembre. ¡Los esperamos!

FOTO 1: Niños alrededor de un puesto de juguetes populares
Autor: Agustín V. Casasola, c. 1915

FOTO 2: Niño vestido de militar francés en carrusel
Autor: Agustín V. Casasola, c. 1910

FOTO 3: Pareja de niños vestidos con atuendos charros
Autor: Hugo Brehme, c. 1920

FOTO 4: Puesto de Jarciería cerca de La Merced
Autor: Hugo Brehme, c. 1910

FOTO 5: Niño soldado con su tambor
Autor: Agustín V. Casasola, c. 1910